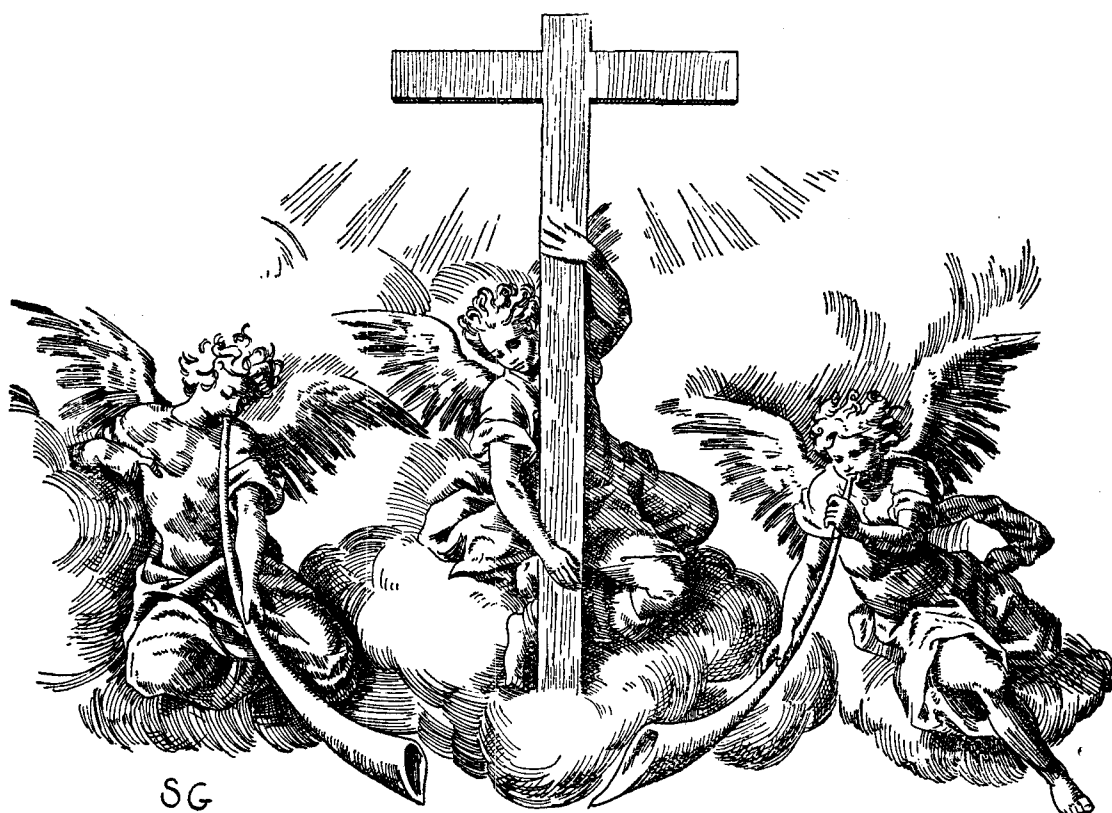


CRISTIANDAD

AÑO SANTO DE 1950



O CRUX AVE SPES UNICA

LA CRUZ, LÁBARO DE LUCHA Y DE VICTORIA

LA CRUZADA LUCHA MILITAR

La salvación de Europa y la conquista de Tierra Santa objetivo de las Cruzadas de la Edad Media

En Cristo—Por Cristo—Para Cristo

Trabajar — Combatir — Morir

LA CRUZADA LUCHA EN TODOS LOS CAMPOS: religioso, intelectual, social...

LA CRUZADA DE ORACIÓN Y PENITENCIA:

La salvación del mundo entero y su conquista para Cristo, objeto de la Cruzada actual

**PUBLICACIONES
CRISTIANDAD**

OBRAS PUBLICADAS:

Unidad católica y tolerancia de cultos

Carta Pastoral
del Excmo. y Rvdmo. Sr. Obispo
de Barcelona

(Agotada)

Hacia el Cuarto Año Jubilar

10 pesetas

Catolicismo o barbarie

por José-Oriol Cuffí Canadell

35 pesetas

Al Reino de Cristo

por la devoción a su Sagrado Corazón

Documentos Pontificios
Texto castellano

30 pesetas

Edición latino-castellana

45 pesetas

Pídalos directamente a la Administración de CRISTIANDAD
y les serán servidos a domicilio sin aumento de gastos.

**Fábrica de Hilados y Tejidos de Algodón
en GIRONELLA**

Salvador Fusté Teixidor



Despacho: Plaza Universidad, 8, Pral.

Teléfono 21 26 30

BARCELONA



BANDERAS - ESTANDARTES

para Asociaciones Religiosas y Entidades

Almacenes JORBA

MANRESA

CRISTIANDAD

REVISTA QUINCENAL

Suscripción:

Anual . . . 100'00 ptas.

Semestral . 50'00 "

Trimestral . 25'00 "



Número ordinario . . . 5 ptas.

Encuadernar. 25 »

Tomo encuadernado . 125 »

RESERVADO

R. C.

NUEVOS CRUZADOS

Nos llegan de Roma noticias de que la Cruzada de Oración y Penitencia no se aprecia en su verdadero y profundo sentido, de que se la estima como una actuación meritisima, ligada es verdad con las necesidades de nuestro tiempo, pero no como la «actuación que de los católicos pide», que de nosotros exige, la extrema gravedad de la hora presente. «Parece — nos escriben — que algunos no echan de ver todavía la trascendencia de esta actuación. No se trata únicamente de una actuación buena, que dice bien con el Apostolado de la Oración y que por lo mismo está puesto en razón que fomentemos, sino de una actuación que es algo completamente extraordinario. En esta hora histórica del género humano, en la cual se decide el combate supremo que sostienen por una parte Cristo y su Iglesia y por otra el poder de las tinieblas y en la cual se trata de la suerte y de la salvación del género humano, por medio de esta actuación han de ser invitados todos los fieles a que ayuden con su oración y penitencia a fin de que todos los hombres se conviertan, se salven del infierno y que se acelere el triunfo de Cristo.

»Una tal actuación precisamente en el Año Santo tiene su importancia y significación peculiar. Todos los que oyeron el mensaje radiofónico pronunciado por el Papa el día 23 de diciembre y le vieron en el momento de abrir la Puerta Santa no pudieron menos de pensar que el Soberano Pontífice inauguraba el Año Santo con una suma gravedad, como quien en él espera algo muy grande — no sabemos qué, tal vez decisivo — en aquel combate feroz del ateísmo diabólico contra la Iglesia de Dios, con tal que los cristianos oren fervorosamente y hagan penitencia.»

* * *

Para comprender lo que es una Cruzada debemos volver los ojos a la historia y contemplar aquellas luchas cuyos móviles no fueron destruir sino salvar, no la ambición de conquista, sino el deseo de rescatar para Cristo, no el ánimo de vengar injurias inferidas al orgullo, sino el de evitar ultrajes a lo más sagrado, ni el impulso de vencer matando, sino el de triunfar muriendo. Guerras de verdadera necesidad si la Europa cristiana quería subsistir, pero a las que la Iglesia infundía espíritu sobrenatural, de tal suerte, que, para responder a su misión, el héroe podía, aún más debía, confundirse con el santo.

Por consiguiente, toda Cruzada debe ser un movimiento colectivo, espontáneo (¡Dios lo quiere! ¡Dadnos la Cruz!), actuado por impulsos nobles y generosos: de servir a Cristo, de darlo todo por Cristo, para conquistarle, en cuanto de nosotros dependa, lo que de otra manera podría perderse y fué comprado con su preciosísima sangre.

Pero la Cruzada no se circunscribe a una actuación guerrera, sino que arranca del ejemplo del mismo Cristo sufriente, llevando tras de sí el cortejo de sus mártires, confesores y misioneros. En este sentido, ser verdadero cristiano es ser soldado de la Cruz. Y cuanto mayor sea la dificultad, mayor debe ser el heroísmo que se pida de este soldado.

Pues bien, la Cruzada a que ahora nos llama la Iglesia es una Cruzada universal: universal porque nunca la fe cristiana se ha hallado más extendida que ahora por toda la superficie de la tierra, y universal porque jamás tampoco el mal ha amenazado más universalmente a la Iglesia de Cristo. «En esta hora histórica del género humano en que se decide el combate supremo que sostienen por una parte Cristo y su Iglesia y por otra el poder de las tinieblas Y EN LA CUAL SE TRATA DE LA SUERTE Y DE LA SALVACION DEL GENERO HUMANO»... «la Oración y la Penitencia, como dice S. S. el Papa Pío XII en su Encíclica «Charitate Christi compulsi», son los dos poderosos espíritus que en estos tiempos nos ha mandado Dios para que retornemos a El la descarriada humanidad, errante de una parte a otra, sin norte ni guía».

T. L.



LA INVENCION DE LA SANTA CRUZ

I



El extremo de la tierra, frente al Quersoneso Cimbrico, y separado por el Océano Germánico, figuraba, en el mapa de Tolomeo, la lejana Albión, la última *Thule*. Allí, en estrecho matrimonio con la cultura prehistórica de los celtas, el romanismo cubrió el suelo con sus villas y castros, por manera que todavía hoy, al decir de un escritor inglés, en Bretaña, «bajo las simientes de sus cosechas y las raíces de sus árboles, hay construcciones de las que los fragmentos de teja y ladrillo no son más que emblemas eminentes; y bajo los mantos de color de las flores campestres yacen los colores del mosaico romano».

Uno de aquellos castra, Eboracum, la actual York, fué recinto de un palacio imperial, el cual compartía con Tréveris, en la Galia, los honores de capitalidad, luego que el *orbis romanus* se fraccionó, por obra de Diocleciano, en cuatro Prefecturas. Y allí mismo, en 306, expiraba un hábil general que, ascendido a la categoría de Augusto en la Tetrarquía diocleciana, recobró Britania para el Imperio, venciendo a Carausio, el audaz marino germánico, y rechazó más tarde a los bárbaros caledones más allá del *limes antonini*, dispersándolos por las oscuras selvas de los Granprians. Era Constancio Cloro.

Junto a él se encontraba en aquellos momentos su hijo, el joven Constantino, que hacía poco, burlando, al amparo de la noche, las guardias de la ciudad de Nicomedia, donde se encontraba retenido por Galerio, se había reunido con su padre en el puerto de Boulogne, en el momento en que éste ultimaba sus naves para la expedición británica. Y aquel encuentro no podía ser más providencial. De la noche a la mañana, Constantino se encontró proclamado emperador de las legiones gálicas, y firme en sus manos la prefectura de las Galias, pudo proseguir el curso ascendente de su estrella política, que se elevaba brillante en el firmamento del Imperio.

Cual nuevo Aníbal franqueó los Alpes, y al cruzar los helados témpanos del Mont Cenis surge el prodigio: a la hora del crepúsculo, he aquí que un esplendor deslumbrante recorta en el cielo la silueta de la Cruz, y en su derredor las estrellas componen la leyenda «con esta señal vencerás». Más tarde, en sueños, le había de ser revelado que era voluntad del Cielo el que adoptase la Cruz por enseña, colocándola sobre sus estandartes.

En rápida expedición cruza Constantino la península con arrolladora marcha, que trae al recuerdo la de César, y entablada batalla en las proximidades de Roma, junto a Ponte Milvo, obtienen una hermosa victoria, que le da como fruto la posesión de la ciudad de los Césares. Su arco de triunfo se eleva todavía en las proximidades de la mole del Coliseo.

* * *

Constantino es ya señor indiscutido en todo el Occidente del Imperio. Y, con todo, hay algo que no puede diferir; una importante decisión llevaba meditando el nuevo Emperador desde el día de la victoria de Ponte Milvo. Dueño de Roma, Constantino se traslada a Mediolanum, la émula de Roma, sede de emperadores y de cuya importancia se hace eco Ausonio, que al visitarla quedó sorprendido ante la pujanza de aquella ciudad, desbordando del doble cinturón de sus viejas murallas. Desde allí, Constan-

tino escribe a su colega oriental, Licinio, para celebrar una entrevista. Fruto de ella es el Edicto de Milán, de 313. De ahora en adelante, una nueva época se inicia: Con el triunfo de Constantino, llegaba para la Iglesia la paz y la libertad.

II

En toda su extensión, el Imperio se ve cubierto con el blanco vestido de las basílicas. Y el arte, llegado a su madurez, ofrece a la nueva religión los frutos del postrer estilo de la clásica antigüedad. Todas muestran, junto a su monumentalidad, la elegancia de sus líneas, sus columnas de pórfido y sus relieves de basalto verde o rojizo. Un acabado ejemplo: el mausoleo de Santa Constanza.

Pero, además, la Iglesia puso especial empeño en restaurar sus antiguos cementerios. Como dice un autor, Roma estaba ceñida por un doble cinturón: uno exterior, de cerca de una milla, formado por las murallas de Servio Tulio, y el otro, subterráneo, formado, a lo largo de dos millas, por la zona de los cementerios cristianos, donde, hasta las invasiones, fueron enterrados los fieles y los mártires; anillo inmenso, lleno de resplandor divino.

Pues bien, al pie de las calzadas que llevaban a todos los confines del Imperio, junto a las mismas puertas de Roma, se alzaron en otro tiempo las entradas de esas Catacumbas, cual las de Domitila, Pretextato, Calixto, situadas junto a las losas enmohecidas de la vía Apia y Ardeatina, o aquellas otras que tenían su ingreso cabe la vía Nomentana o Salaria, como la de Priscila.

Tan pronto la paz fué un hecho, abrieron los cristianos nuevamente sus galerías, excavando la blanda toba. Desde mediados del siglo IV, las Catacumbas se convierten en foco de peregrinaciones adonde acuden fieles de todo el imperio, y sobre sus paredes escriben *grafitti*, que aun hoy se conservan. Además, estos peregrinos son muy devotos, y encargan la decoración de estas Catacumbas con pinturas cuyos temas iconográficos hay que buscarlos en las lejanas regiones del Oriente, en Egipto, en Capadocia y en Siria, lugares desde donde convergían sobre Roma los temas de la nueva religión.

Muy pronto, este mismo Oriente deberá atraer las miradas por la fuerza de un acontecimiento trascendental. Porque el triunfo del cristianismo había sido el triunfo de la Cruz. Tras su maravillosa aparición, Constantino la había colocado en sus estandartes; con hebras de seda reproducían sus aspas las telas coptas; la pintura la fija en las paredes de Alejandria y de las basílicas egipcias, ostentaban los consulares en sus togas; en fin, después de figurar en los sepulcros, pasa a rematar la diadema imperial. Y he aquí que, justamente cuando el triunfo de la Cruz se hace universal, sienta el mundo la nostalgia de no poseerla. «¡Oh, santa Cruz —exclama un poeta del siglo IV—, la tierra no te poseerá jamás, pero día vendrá que abrazarás con tu mirada la inmensidad de los cielos!»

Cuando menos se espera, surge, sin embargo, una mujer que exclama: «¿Cómo? ¿Yo llevo una corona, y la Cruz de mi Salvador yace en el polvo? ¿Cómo queréis que me crea redimida sin ver el instrumento de la redención?» Y llena de fe, desbordante de poder, vemos a Helena, la madre de Constantino, pese a la inclemencia del invierno y a lo avanzado de su edad, ordenar que se desplieguen las velas de su nave hacia las costas de Palestina. Ocurría a fines del 326, y una atracción irresistible la empujaba a su destino.

III

La vieja Palestina, y con ella toda Siria y Anatolia, eran, en el transcurso del siglo IV, focos de vida cristiana. En los pedregales de sus altiplanos estaban las Pompeyas cristianas, que todavía hoy se alzan, mutiladas por el tiempo. Durante el siglo IV, aquellas comunidades experimentaron un florecimiento extraordinario, y en ella encontraron origen los gérmenes de todo el arte cristiano de la próxima Edad Media. Allí se cultivó, especialmente, una modalidad artística de la que luego el arte bizantino heredaría la gloria: el mosaico. En efecto, todas aquellas iglesias primitivas tenían cubiertas sus paredes y suelos con magníficos mosaicos de vivos colores, continuadores de la tradición romana que tanto esplendor alcanzó en las ciudades del Africa durante el siglo III.

Pues bien; en uno de estos mosaicos, desenterrado en Mádaba, vemos representado un plano de Palestina, y, en el centro del mismo, reproducida la ciudad de Jerusalén. Es del siglo V y, por tanto, casi contemporáneo de la época que nos ocupa. Gracias a él conocemos la topografía de la ciudad en tiempos poco distantes de aquellos en que la nave de Helena abordara las playas de Israel.

Grave destrucción había sido inferida a Jerusalén en los días en que Tito la conquistara. El recinto de su templo, ahora convertido en ciudadela Aelia Capitolina, estaba cerrado a los judíos, y una nueva población habitaba la ciudad, que, tal como nos la muestra el mosaico de Mádaba, tenía forma elipsoidal, con una calle porticada recorriéndola en toda su longitud. A un lado de esta Via Larga se alzaba, sobre un alto podio, al que se asciende por una gradería, un templo con grandes columnas. Sin embargo, cuando Helena llegó a Palestina, no había visto en semejante lugar más que un amontonamiento de edificios de entre los cuales sobresalían dos eminencias coronadas por los templos de la gentilidad: pues sobre el monte Moria se derramaba la sangre de los carneros inmolados en el ara de Júpiter, y en la cumbre del Calvario se alzaban las columnas de mármol de un templo de Venus, con su peristilo festoneado de mirto, mientras que en su *cella* los pebeteros quemaban el incienso. La vieja Jerusalén había desaparecido.

El primer cuidado de Helena fué localizar el paraje donde había sido enterrado el Salvador. Tropezó, sin embargo, con grandes dificultades, pues nadie le supo indicar con seguridad el punto buscado; en la ciudad fundada por Adriano no se recordaba nada. Pero ello no descorazonó a la real peregrina. Mandó llamar a los cristianos más versados e incluso a los judíos de las escuelas vecinas, y, tras largas deliberaciones, todos llegaron a ciertas conjeturas sobre su emplazamiento. No obstante, los trabajos fueron difíciles, y era preciso derribar gran número de edificios que cubrían totalmente la colina del Calvario y sus alrededores. Los ánimos de la piadosa mujer no decayeron y, por fin, tras grandes esfuerzos, se descubrió la gruta del Santo Sepulcro bajo las ruinas del templo de Venus, y, conforme al testimonio unánime de todos los historiadores, fueron halladas en el suelo, juntas, tres cruces de madera, conservadas intactas.

Mas una duda surgía, a saber: cuál era la verdadera cruz. Todos los asistentes al emotivo acto permanecían silenciosos, pendientes de algún acontecimiento sobrenatural que pudiera aclarar el secreto que estas cruces retenían. Se encontró la inscripción mandada fijar por Pilatos, pero estaba tan borrosa y separada del cuerpo de la cruz que no pudo servir para determinar nada. Así, todos los concurrentes estaban en la duda, cuando un obispo que acompañaba a la emperatriz, y cuyo nombre era Macario, sugirió la solución; próxima al lugar se encontraba una dama de alcurnia que moría víctima de una enfermedad incurable. A ella se dirigió el obispo pidiendo fuese trasladada al lugar del hallazgo, como así se realizó; luego, sa-

cando las cruces de la gruta en que se hallaban y arrodillándose con él todos los presentes, levantando los ojos al cielo, exclamó: «Señor, que os habéis dignado salvar a la humanidad por la pasión de vuestro hijo único sobre la Cruz, y que al presente habéis inspirado a vuestra sierva la idea de buscar el leño sagrado que nos ha traído la salvación, hacednos conocer de una manera evidente cuál sea de estas cruces la que sirvió para la gloria del Señor y cuál la que únicamente fué erigida para suplicio de un esclavo. Alcanzadnos la gracia de que tan pronto como esta mujer que se encuentra aquí tendida, agonizante, haya tocado el madero salvador, sane.» Las dos primeras cruces resultaron ineficaces, pero tan pronto la enferma hubo tocado la tercera de ellas, viósele abrir los ojos y, levantándose, pudo cantar las alabanzas del Señor.

IV

El hallazgo impresionó profundamente a todos los concurrentes, y una explosión de alegría brotó de los labios cristianos. Veían llegado el término de un largo período de prueba, y se creyó cercano el día de la resurrección última y próxima la llegada del Hijo del Hombre presto a coronar a sus siervos.

La Cruz fué guardada en un estuche chapado de plata y enviada al Obispo de Jerusalén. Helena conservó una pequeña porción de ella y dos clavos, uno de los cuales engastó en el casco que su hijo Constantino acostumbraba a llevar y que vemos reproducido en muchas de sus monedas.

Constantino recibió la nueva con inmensa alegría, y sin pérdida de tiempo escribió, desde Tracia, al Obispo de Jerusalén poniendo a su disposición todas las riquezas del Imperio a fin de que procediera a levantar el monumento más bello de todos los tiempos para conservar la memoria del extraordinario acontecimiento.

Helena se convirtió, de esta manera, en la heroína del mundo cristiano. Disponiendo al punto de los poderosos medios que le ofrecía su hijo, se ocupó activamente, antes de su partida de Palestina, en dejar establecidos los fundamentos del Templo de la Cruz y de la Resurrección, en el lugar que hoy podemos contemplar sobre el mosaico de Mádaba. Una vez cumplidos estos fines, la madre del Emperador abandonó Palestina, muriendo poco después rodeada de la admiración universal. Su cadáver fué transportado a Roma y depositado en una tumba de pórfido rojo, en la rotonda de una iglesia próxima a la Via Labicana.

Lejos, en Palestina, la nueva Jerusalén volvía a la vida coronada su frente con la Cruz victoriosa y con su suelo cubierto de maravillosas iglesias, entre las que destacaba, por su grandiosidad, el *Martirium* de Constantino. Mas la emperatriz tenía también en la proximidad de su tumba la imagen de aquella Jerusalén de sus triunfos. En el ábside de la Iglesia de Santa Pudenciana, en Roma, se encuentra otro maravilloso mosaico que reproduce la imagen de la ciudad santa. Jesús aparece sentado en el hemicírculo del *Martirium* de Constantino, rodeado de sus apóstoles; surgen en el fondo los edificios de la Jerusalén restaurada, y en lontananza, entre brumas, la Cruz de pedrería que Constantino mandó alzar en la cumbre del Gólgota.

Dos años más tarde de la Invención de la Santa Cruz, Constantino fundaba una nueva ciudad: Constantinopla. En ella se refugiaron por largo tiempo los restos de un gran Imperio. Y cuando la ola de las invasiones inundó el suelo de Italia, y Roma se anegó en sangre y se convirtió en campo de ruinas, y los pueblos temblaron ante el caos, las miradas de todos se dirigieron hacia aquella Jerusalén, peregrinando, en interminables caravanas, a aquel Sepulcro en busca de la tranquilidad que les negaba la tormenta del siglo V.

Luis M.^a Figueras Fontanals

EL PRIMER EMPERADOR CRUZADO

I

EL DESTIERRO DE LA CRUZ

Una visita a Alejandría

Si a través de la Historia dirigimos nuestra mirada hacia la Alejandría del año 615, nuestro corazón se llenará de lástima y de fervor; tal es el cuadro que presenta.

Sus anchurosas calles se hallan rebosantes de peatones y vehículos. El movimiento es mayor que el ordinario; también es mayor el número de personas. Y si bien nos fijamos, veremos que la mayoría de aquellas gentes no son de Alejandría; van, además, mal vestidas y en su rostro se refleja la fatiga de largas jornadas. Sus ademanes indican el horror de una precipitada huida. Los alejandrinos los miran atónitos, y de vez en cuando encontramos un corro de ellos alrededor de uno de los emigrantes que se ha parado a contar las desgracias que han sucedido. El comercio del «Emporion» se ha paralizado y los mismos sabios han abandonado su «Museum» y su «Bib'ioteca» para reunirse en la colosal plaza, término de las grandes vías alejandrinas.

Más allá ha caído alguien, desfallecido por el hambre y la fatiga; unos hombres de suaves modales le han atendido y a través de las repletas calles lo llevan hacia una casa que parece de persona principal. Al entrarle por una de las puertas de servicio se han encontrado con otros que se dirigían al mismo lugar ejercitando la misma caritativa misión. El saludo que se dan nos es conocido: «la paz del Señor sea con vosotros», dicen.

Dejemos aquí estos caritativos personajes y, dando la vuelta al edificio, dirijamos nuestra mirada hacia la puerta principal. Está abarrotada de gente: la mayoría son extranjeros y su aspecto nos dice que forman parte de aquel misero cortejo que va desfilando por la ciudad.

Tienen su vista fija en la puerta de aquel palacio; diríase que esperan a alguien. De pronto aparece un anciano de noble aspecto: es Juan, Patriarca de Alejandría, el que subirá a los altares con el glorioso título de San Juan el Limosnero. Detrás de él, dos jóvenes: se llaman Juan Mosco y Sofronio. La Providencia reserva a éste, siendo ya Patriarca de Jerusalén, un gran papel en las luchas que se avecinan.

Juan el Limosnero, verdadero padre de los necesitados, extiende sus manos y traza la señal de la cruz. Les dirige la palabra, y con la unción de su voz suaviza las penas de aquellos seres. Luego les reparte con sus mismas manos los dones que la caridad le depara.

Todo aquel río de personas que hemos visto inundaba la ciudad va a parar a aquel palacio de los pobres. El Obispo de Alejandría se encarga del mantenimiento de aquellas gentes que desde Siria y Palestina vienen huyendo de los persas.

... mientras sus súbditos son despojados

De antiguo venía ya la lucha de los persas contra el Imperio. El mismo Justiniano, con toda su gloria, tuvo que comprarles la paz para poder atender al Occidente.

A principios del sig'o VII, Focas es quien calza los borceguies de púrpura, y el asesinato de Mauricio ha sido el eslabón que le ha llevado al trono. El «Rey de reyes» es en aquel momento Cósroes, amigo que fué del Emperador

asesinado. Esa amistad es el pretexto de la nueva guerra: Cósroes ansía las ricas provincias del Imperio, y so pretexto de vengar a su amigo, se dispone a llevar a la práctica aquellos deseos.

Las excentricidades del Emperador impiden oponer seria resistencia. Todas las esperanzas se habían puesto en un anciano general, distinguido ya en las lides guerreras; pero esas esperanzas quedaron también fallidas al aparecer cierto día en la plaza pública una pira, donde, por orden del odioso Emperador, el fuego fué devorando a Narsés.

Una sublevación pone fin a aquel tiránico reinado, y un valeroso capitán viene a substituirle: Heraclio es ahora el Emperador. Entretanto, los persas se han apoderado de Armenia, Mesopotamia y Capadocia, y han llegado hasta Calcedonia en sus incursiones. Todos han puesto en el nuevo Emperador su confianza, pero esa confianza queda defraudada, porque el nuevo Augusto se entrega de lleno al descanso y al placer, mientras los persas ganan terreno, mientras sus súbditos son despojados, mientras los enemigos de la religión profanan lo más sagrado. Ese es el motivo de aquella marcha precipitada que va a parar a Alejandría.

Los relatos son espantosos: Edesa, Apamea, Antioquia, Jerusalén, todo está ya en poder de los persas.

También la ciudad santa

¡Jerusalén! También la ciudad santa ha recibido los golpes de aquel látigo; y también los objetos santos que en ella se guardaban han sido profanados por manos infieles: la Santa Cruz ha sido transportada a Ctesifonte. El patricio Nicetas ha podido rescatar a subido precio la santa esponja y la santa lanza, pero la Cruz va camino del destierro.

Un testigo ocular refiere la escena: «Tiempo hacía ya que los judíos andaban en misteriosos conciliábulo. Las gentes sospechaban que tenían inteligencias con el enemigo. Los cristianos andaban atemorizados. Su punto de reunión era la Santa Cruz: a su alrededor, las mujeres y los ancianos pedían a Dios misericordia, mientras los hombres juraban derramar su sangre antes que entregar la preciosa reliquia a los infieles. Más allá, una viuda rodeada de sus hijos lloraba la muerte de su marido en el cumplimiento del deber; y en un rincón del templo, dos monjes de luengas barbas elevaban a Dios sus plegarias.»

Han pasado unos días ya desde que los persas se han apoderado de la ciudad, y los judíos no han cesado de moverse. A manos llenas han derramado el oro para rescatar a aquellos miserables adoradores de la Cruz. Tal vez alguien pensara que su corazón se ha inclinado a misericordia; pero su rostro refleja pasión, odio, venganza. Dicen que son 90.000 los cristianos que han arrancado de manos de los persas; 90.000 que, poco más tarde, han engrosado el ejército de los mártires: todos han muerto al filo de la espada bajo la atenta mirada de los maestros de Israel.

Adiós, Cruz amada

Los persas también han cometido atropellos; pero es la barbarie la que los guía, no el odio concentrado; por eso sólo se preocupan del botín. Tal vez también el odio religioso los mueve, pero sus directores son los judíos. Ellos

han inspirado la idea de llevarse la Cruz, porque saben que es la mayor injuria que pueden hacer a los cristianos.

¡Qué escenas las de la partida de la Cruz!: unos hombres robustos, soldados quizá de los persas, han entrado en el templo. Los fieles, como por un instinto, se han agrupado en torno a la Cruz: «¡No, no la llevarán!», exclaman a una; son, en su mayor parte, mujeres, niños y ancianos. ¿Qué pueden ellos hacer para impedirlo? Si algún joven quedara, allí estaría ofreciendo su vida por la Cruz.

Apartan a manotazos aquellos sabuesos persas a los que intentan oponerseles, llegan a la reliquia, la descuelgan y, cual si llevarsen el más miserable tronco, la sacan de su lugar.

El momento de sacarla de la ciudad es indescriptible. Los gemidos de las mujeres se confunden con las amenazas de los hombres. Un herido, a través de cuyo vendaje se adivina el color de la sangre, se acerca y besa con devoción el Santo Leño, mientras un soldado descarga sobre su espalda un latigazo por tal osadía. Más allá, alguien es llevado en una camilla para dar el último adiós a la adorada reliquia. Un anciano que ha sufrido los malos tratos de la soldadesca, muere mientras está esperando el paso de la Cruz.

Ya, por fin, ha salido la Cruz de la Santa Ciudad. Ingente multitud la acompaña. Todos entonan cantos, y sus melodías chocan con los desenfadados gritos de la soldadesca. Aquellos cristianos, verdaderos caballeros de la Cruz, van cayendo rendidos por la fatiga y el dolor. El grupo de acompañantes va disminuyendo. Desde Jerusalén sólo se ve ya un punto en la lejanía.

Vencida la ciudad santa,
hinchida está de cadáveres;
el odiado de Dios la ha anegado
toda ella en torrentes de fuego (1).

Al año siguiente le toca el turno a Egipto; y aquella Alejandría que hemos visto ser albergue de tantos desdichados se encuentra sola, abandonada de sus habitantes, que huyen a Etiopía. Al mismo tiempo llegan los persas de nuevo hasta Calcedonia, pero Heraclio no reacciona. Sólo piensa en huir.

Es el Patriarca Sergio de Constantinopla, de triste memoria por su pernicioso influencia ulterior, el que le anima, y el año 621 comienza, por fin, a preparar una expedición.

Bizancio comienza a reanimarse, Persia se halla en el cenit de su gloria; una y otra están dispuestas a gastar su fuerza en una mutua y aniquiladora guerra, mientras que en un rincón de la lejana Arabia, un extraño personaje cuenta a un grupo de discípulos su sueño misterioso: Dios le ha enviado el Arcángel San Gabriel, y de su boca ha oído estas palabras: «No hay más Dios que Alah y Mahoma es su profeta.»

II

EL RETORNO DE LA CRUZ

La Cruzada

«Señor, no nos entreguéis a vuestros enemigos en castigo de nuestros crímenes; miradnos más bien con misericordia y concedednos la victoria para que los malvados cesen de enorgullecerse y de insultar vuestra heredad.» Tal es la oración que dirigió Heraclio al Altísimo al ponerse en marcha contra Persia.

En menos de diez años consiguió Heraclio la reconquista de todo su reino e incluso llegar hasta el mismo corazón de Persia, donde le clavó el mortal acero que más

tarde la haría perecer a manos del otro imperio, que ya entonces se estaba formando.

Cósroes, sin embargo, no cedió sin lucha. Reconcentra sus fuerzas; y ante sus preparativos se apodera de los cristianos un vago temor, pero Heraclio, uniendo, en frase de César Cantú, la tranquilidad del héroe a la confianza del cristiano, dijo: «Nada temáis del número de los enemigos. Con la ayuda de Dios un romano puede vencer a mil bárbaros. Si perdemos la vida por salvar a nuestros hermanos, Dios y la posteridad nos reservan una inmortal corona.»

Dicen los historiadores que no se comprende cómo aquel Heraclio, entregado a los placeres, ha llegado a tal punto de heroicidad, mientras el soberbio y valiente Cósroes se halla tan apocado que no piensa sino en huir con su esposa Sira y sus tres concubinas.

Este punto que no puede aclarar la Historia, lo ilumina con luz maravillosa una pluma guiada por la santidad y la poesía. He aquí las palabras de San Sofronio:

Cuando a la región del Parto
la Santa Cruz fué llevada,
hirió de muerte a Cosroes,
funesto rey de los medos (2).

En el año 628 ha llegado a la capital del Imperio persa el César romano, y ha hecho al «Rey de Reyes» prisionero. El sucesor de Cósroes firma la paz con el triunfante augusto: todos los cristianos vuelven a sus hogares, y vuelve también al suyo aquella santa Cruz que quince años antes había sido arrebatada con tanta alegría por parte de los judíos.

Su estancia en Persia no ha sido estéril: numerosos persas han abrazado, a su vista, la religión que nos predicó Jesucristo, y al frente de todos ellos aquel glorioso San Anastasio, que vertió su sangre en testimonio de la verdadera fe. Al año siguiente es transportada la divina reliquia a Constantinopla y de aquí a Jerusalén.

La Cruz de nuevo en Jerusalén

¡Qué momentos aquéllos los del retorno de la sagrada reliquia! Dignos son de un poema. Admiramos la escena. Tiene por decorado la puerta llamada de Damasco. El montículo que a pocos metros de allí se levanta nos servirá de observatorio. Desde él se domina buena parte de la ciudad. Allá al fondo la llanura del Templo. Un poco más alto el palacio de Herodes, debajo la piscina de Ezequías y, algo más cerca de nosotros, la iglesia del Santo Sepulcro. Un gran alborozo reina en la ciudad por el feliz acontecimiento. Todos han ido a esperar la divina reliquia.

Por fin comienza a verse en lontananza una nube de polvo. Desde nuestro montículo vemos avanzar lentamente la procesión. Mas, ¿quién puede ser aquel que ofusca con su brillo a cuantos le rodean? No puede ser otro que el invicto Emperador Heraclio que viene a satisfacer su devoción. Acerquémonos más; vayamos hasta la misma puerta.

Curpalates, estrategas, ingente multitud de servidores rodean al César. Junto a la Cruz va Heraclio, calzando sus borceguies dorados, vestido de púrpura y piedras preciosas, caballero sobre blanco corcel.

Ha llegado ya a la Ciudad Santa. Cedreno, en su «Cuadro histórico», nos lo explica. Zacarías, el Patriarca de Jerusalén, ha salido a recibirle rodeado del clero. Bizancio, representada en su Emperador, se humilla ante Jerusalén, al besarle a su Patriarca, rodilla en tierra, el anillo. La multitud presencia la escena con lágrimas en los ojos.

Con paso sereno se ha dirigido el Emperador hacia la Cruz. Los que hasta entonces la habían llevado, la depo-

(1) San Sofronio: «A la venerada Cruz», P. C., t. LXXXVII, p. 3.806

(2) Ibid.

PLURA UT UNUM

sitan sobre los augustos hombros: Heraclio quiere imitar al Salvador. Pero no se puede servir a dos señores; no se puede servir a Dios y a las riquezas. El señor del Imperio no puede dar un paso bajo aquella divina carga. La gente mira la escena emocionada: no comprende lo que sucede, pero presiente algo grandioso.

Ante aquella expectación, con paso firme y sereno, se adelanta Zacarías, viejo guerrero ya en las lides del espíritu, y con humildes modales susurra unas palabras al oído del Emperador; y con pasmo de todos, el Augusto se despoja de las insignias de la realeza, y vestido humildemente, toma la Cruz y entra en la ciudad, y avanza hacia el Santo Templo. Era el día 14 de septiembre del año 629.

Con el retorno de la Santa Cruz ha vuelto la paz al Imperio. Roma ha vencido a sus enemigos.

Humillado el padre de la guerra,
subyugado el engendro del desorden,
sobre toda la faz de la tierra
se ha extendido el brote de la paz (3).

III

LA PERDIDA DEL SANTO SEPULCRO

Allá en un rincón del Imperio

Sin embargo, un huracán horrible amenaza. Mientras Bizancio celebra la aniquilación de sus enemigos, al mismo tiempo que la Cruz vuelve a su lugar, allá en un rincón del Imperio se riñe una pequeña batalla. Un grupo de fanáticos ha penetrado en el territorio de Roma con el fin de sublevar a los de su raza que venden sus servicios por un sueldo; el jefe que los envía se llama Mahoma. El hecho en sí apenas tuvo significación. Teodoro, lugarteniente del Gobernador de Palestina, aplastó aquel movimiento sin ningún esfuerzo.

Aquella fué la primera tentativa. Y a fe que resultó bien fructuosa para el nuevo Estado, porque, si bien los mahometanos fueron derrotados, sirvió esto de aviso a sus compatriotas al servicio de Roma. En adelante sabrán adónde acudir en sus descontentos; poco después, en 633, cuando se cumplía un año de la muerte del «profeta», un grupo de aquellos mercenarios, no satisfechos con sus soldadas, se pasaban a las tropas mahometanas y les servían de guía en la invasión. Abú Beker, sucesor de Mahoma, es el encargado de llevarla a cabo. Bosra, Gaza, Palmyra, van cayendo en manos de los infieles. El Emperador, que ha procurado oponerse al avance árabe, no lo puede evitar, y ante el peligro de que suceda lo que pocos años antes, marcha a Jerusalén, toma la Santa Cruz y la lleva a Constantinopla. El Emperador ha abandonado el campo de batalla. En 636 cae Jerusalén, después de dos años de asedio. Abú Beker ha muerto ya. Omar es ahora Califa.

(3) Ibid.

Aquellos lugares bendecidos por la presencia de Jesús...

«En nombre de Dios, clemente y misericordioso, de parte de Omar, hijo de Hittab, a los habitantes de Elia.» Así comienza la capitulación que Omar concedió a los habitantes de Jerusalén. Se les permitirá su culto, les serán conservadas sus iglesias, no se permitirá, en cambio, ninguna clase de proselitismo. Las cruces que coronan los templos serán retiradas.

Un peregrino ha llegado a Constantinopla. Sus noticias logran paralizar por un momento las disputas teológicas. Tierra Santa atrae hasta a los herejes. Ese peregrino ha presenciado el sitio: ha durado dos años. Los cristianos han demostrado en él su devoción por la iglesia donde se guarda el Santo Sepulcro. El dolor va oscureciendo los rostros de su auditorio. No sienten tanto el peligro que supone la conquista de la ciudad santa cuanto la pérdida de aquellos lugares bendecidos por la presencia de Jesús. Las palabras de aquel peregrino penetran en el corazón de los cristianos, haciendo brotar en él sentimientos de Cruzada. Pero todavía habrán de pasar varios siglos hasta que la intransigencia de los infieles haga salir a la superficie aquel sentimiento que ya entonces comenzó a germinar.

La conquista de la Ciudad Santa abrió el camino hacia el Norte. Pronto toda la Siria cayó en manos de los musulmanes. En 638 quedaba todavía Antioquía. Sus urgentes demandas de auxilio son por fin escuchadas, y el Emperador se decide a enviar a su propio hijo Heraclio Constantino con una escuadra. Tiene todavía la confianza de que podrá reconquistar el territorio perdido. Pero la traición de Yukina entrega los imperiales a la derrota y a la vergüenza. Yukina, jefe de una fortaleza en Siria, había ya antes hecho traición a los bizantinos, y ahora repitió la traición simulando un retorno a la patria y a la religión.

Mientras tanto, el Emperador ha vuelto a caer en la inacción, ahora con un cariz mucho más grave: una grave herejía embota su entendimiento, y es precisamente ese mismo año 639 el que ve la aparición de la Ectesis, primer compendio de la herejía monotelita.

Epílogo

En 641 moría Heraclio, después de haber renunciado a la herejía monotelita. Fué el primer Emperador que pudo dar a sus guerras el título de Cruzada por la reconquista de Tierra Santa. A partir de él, las guerras contra los árabes tendrán ese carácter. Si el fin de los califas será la conquista de Constantinopla, centro del Imperio, el fin de los Emperadores, incluso los enemigos de la ortodoxia, será la conquista de Jerusalén, donde está el Santo Sepulcro y donde derramó Cristo su sangre por todos los hombres.

Pablo López Castellote

SUMARIO DEL PRESENTE NUMERO

EDITORIAL: Nuevos Cruzados.

La invención de la Santa Cruz, por Luis M. Figueras Fontanals, (págs. 130 y 131).

El primer Emperador Cruzado, por Pablo López Castellote, (págs. 132 a 134).

A la conquista del Santo Sepulcro, por María Asunción López, (págs. 135 a 137).

La Segunda Cruzada, por M. L. Suñé, (págs. 137 a 139).

La Exaltación de la Cruz, (págs. 142 y 143).

La Cruzada de Occidente, por E. C. (págs. 144 a 147).

¿Ofensiva de Paz?, por José-Oriol Cuffi Canadell, (pág. 148).

Comentario sobre la plegaria de Su Santidad Pío XII con motivo del Año Santo (continuación), por Guillermo Viviani Contreras, (págs. 149 y 150).

Orientaciones Bibliográficas, por Luis Luna, (pág. 151).

DE ACTUALIDAD: «La paz es un don del divino Salvador», dice S. S. el Papa en una carta al señor Truman. — El Vaticano potencia de paz incalculable, por J. O. C. (pág. 152).

A LA CONQUISTA DEL SANTO SEPULCRO

«Ya es tiempo de purificar el Santuario»

Los turcos amenazan Constantinopla y el Emperador pide auxilio a los príncipes de Occidente.

Al mismo tiempo, el Patriarca de Jerusalén, Simeón, envía como mensajero al Papa, a Pedro el Ermitaño, un peregrino de Amiens, que, testigo de los atropellos que sufren los cristianos en Tierra Santa, ha formado el proyecto de declarar la guerra a los infieles y liberar el Santo Sepulcro.

El Papa Urbano II se dispone a lanzar la idea de la guerra santa y convoca un concilio en Clermont.

Pedro el Ermitaño ora y vela ante el Santo Sepulcro objeto de sus amores; adormecido al amanecer, ve en sueños a Cristo Jesús, que le confirma en su misión diciéndole: «Levántate, buen amigo, y sin dilación ejecuta lo que se te ha encargado; Yo seré contigo, ya es tiempo de purificar el Santuario.»

Urgiéndole el celo de cumplir el mandato divino, se adelanta al Papa, corre a Francia, su patria, para reclutar un ejército. Por los caminos y aldeas que encuentra a su paso, explica la situación de los cristianos en Tierra Santa después de la conquista falimita. Su figura es exigua, viste como un monje, sus ojos son dulces y azules; tiene una elocuencia especial que persuade; su palabra es llama que prende en los corazones y despierta bélicos ardores en el rudo pecho de los artesanos y labriegos que le escuchan; conmueve el sentimiento de las mujeres y ancianos; todos se entusiasman al evocar Jerusalén, y se estremecen al oír cómo los infieles profanan los cálices sagrados, los templos que recuerdan el paso del Señor, los altares que guardan sus reliquias; se indignan oyendo cómo al llegar los peregrinos a las puertas de la Ciudad Santa «se les exige para entrar un tributo en oro; cómo no pueden pagarlo, porque todo lo han perdido en el camino; millares de

ellos, desnudos y hambrientos, yacen amontonados en las puertas de la ciudad, implorando la entrada».

El martirio es un acicate eficaz, la devoción crece. ¡Hasta los guerreros que jamás toleraron una afrenta, ni dejaron impune una provocación, deponen su altivez y se «someten a las más duras humillaciones por amor del Salvador»!

¿Qué significan, por tanto, la hacienda y las cosechas, y hasta la patria y la familia, cuando el hogar espiritual de la Cristiandad es inaccesible a los fieles? ¿Por qué dispersar la energía en vanos esfuerzos y no marchar a la conquista de Jerusalén, con lo que conquistarán al mismo tiempo la vida eterna?

Pronto le sigue una multitud; no saben bien el camino, pero marchan hacia Oriente. Avanzan repitiendo una, cien, mil veces: «¡Jerusalén! ¡Jerusalén», meciéndose y amparándose en esta palabra que encierra el ideal de su vida y de su fe.

Jóvenes, casi muchachos, que están labrando sus campos, se detienen, escuchan la salmodia. «¡Si yo pudiera ir!», se dicen, y la mayoría, antes de darse cuenta de lo que hacen, desuncen los bueyes del arado y, olvidando sus amores y su familia, se incorporan a la comitiva; los pastores abandonan sus rebaños; salen de sus guaridas los ladrones: ¡también para ellos habrá perdón!, ¡en este ejército, los buenos van a hacerse santos, a conquistar; los malos, a ser conquistados, a purificarse!

Al pasar por las aldeas y ciudades, familias enteras que se asoman a las puertas y ventanas, sienten también la llamada misteriosa, se miran, se comprenden y, sin hablar, toman lo más indispensable y, a pie, o en destartaladas carretas, se incorporan a la multitud que avanza, sin ocuparse siquiera de cerrar la casa ni despedirse de nadie, obsesionados con la idea de ir a Jerusalén.

Las aldeas quedan despobladas, los campos abandona-



Concilio de Clermont

dos, y hasta los pacíficos monjes dejan la quietud de sus celdas sintiendo impulsos guerreros.

¡Dios lo quiere! ¡Dadnos la Cruz!

El Papa ha llegado, y ante una multitud inmensa que ha tenido que reunirse al aire libre en una explanada, presenta a los griegos que piden auxilio; expone cómo los santos templos de Palestina se han convertido en cuadras para los caballos; las profanaciones del culto; la furia musulmana, que martiriza a los fieles sin tregua y sin saciar su odio, asesina a los sacerdotes y secuestra a las mujeres.

Los nobles y los guerreros ofrecen sus espadas y sus personas. «¡Levantémonos —exclaman— y rompamos las cadenas de la Cristiandad! ¡Es hora de abatir la media luna que hincó una de sus puntas hasta Poitiers! ¡Ahora que los españoles montan la guardia en Occidente y hacen retroceder a la morisma, Europa tiene guardada la retaguardia y pueden unirse todos los cristianos, renunciar a la guerra entre sí, formar un ejército compacto y presentar batalla al infiel!»

Un estremecimiento recorre la asamblea; todos los corazones vibran al impulso del mismo sentimiento que se funde en millares de voces «poderosas como el trueno o el bramido del mar, que responden: ¡Dios lo quiere! ¡Dios lo quiere! Cuando se hubo impuesto el silencio, el Papa continuó: «ESTA PALABRA SEA VUESTRO GRITO DE GUERRA EN TODOS LOS PELIGROS, Y LA CRUZ VUESTRA INSIGNIA QUE OS DÉ FUERZA Y HUMILDAD. Todos los que tomen la Cruz, ganarán indulgencia; los que mueran en la cruzada, ya tienen el perdón.»»

Ademaro de Púy se adelanta, pide la cruz y la bendición. TODOS LE SIGUEN. El Papa ha de rasgar su propio vestido para proveerles de cruces; esta insignia iguala al señor con el vasallo; al noble con el villano; la Iglesia concede a todos los mismos privilegios. El caballeresco obispo Ademaro de Púy es nombrado legado pontificio y adalid espiritual del ejército que levanta la fe.

Al llegar a Nancy, los que siguen a Pedro el Ermitaño oyen por primera vez el nombre de CRUZADA. Allí son las mujeres las que sencillamente rasgan sus vestidos y ponen a los hombres la insignia salvadora que forzará los muros de Jerusalén.

¡Hacia Jerusalén!

El ejército organizado se pone en marcha por Pentecostés de 1096.

Si los pobres habían dejado su ajuar, también los nobles llegan al más heroico renunciamiento. Olvidan el castillo y el placer de la caza, la guerra de conquista, que aumenta su señorío y ensancha su feudo; los barones dejan a sus mujeres y a sus hijos; los jóvenes a la dama de sus pensamientos, y emprenden un penoso viaje y una peligrosa guerra, lejos de la patria y sin castillo propio donde guarecerse.

Raimundo de Saint Gilles deja su hermoso feudo de Levante, más poderoso y rico que el dominio de los Capetos; no quiere volver a la dulce Francia; será cruzado hasta la muerte, imitando a Cristo, que se negó a ser librado del martirio de la Cruz. Godofredo de Bouillon, rubio héroe germánico, príncipe del Sacro Imperio, enarbola su lanza respondiendo a la llamada del Papa. El conde de Flandes brilla como el primer caballero. El duque de Normandía empeña su feudo para poder ir a la Cruzada, Hugo de Vermandois, hermano del rey; Bohemundo y Tancredo, osado y valiente, «ardiendo en deseos de gloria inmortal»; y a éstos se les juntan gentes de todos los países y a todas las lenguas; cuando no se entienden, cruzan los dedos en

forma de cruz, se comprende que quieren pelear por el Santo Sepulcro y quedan incorporados a la expedición.

El conjunto de cruzados formado por contingentes del Norte y de Levante, de Francia, de Bélgica, del Sacro Imperio y del reino normando, adoptan la denominación de «francos», dando a esta palabra el sentido que tenía en la época de la unidad carolingia, cuando todas las tierras no formaban más que un imperio, bajo la égida de la Iglesia Romana.

Todos marchan animosos, cubiertos con sus yelmos, su cota de malla, sus escudos. «Allí va la flor de la caballería con sus huestes. Los escuderos y pajes levantan enhiestas las lanzas de su señor, en cuya punta ondean los oriflamos. Al atardecer, cuando el ejército acampa y se alzan las tiendas, parece surgir, al conjuro de los últimos rayos de sol, una ciudad con sus casas y palacios.»

Las primeras batallas

Tanto en la expedición de Pedro el Ermitaño como en la de los caballeros, antes de llegar a Tierra Santa, han de pagar el tributo a la miseria humana. Los que siguen a Pedro el Ermitaño luchan con la pobreza, el hambre y el frío; con las privaciones, muchos olvidan por qué tomaron la cruz y despiertan sus malos instintos, adormecidos un momento por el ideal de la Cruzada.

Al llegar a Constantinopla, las dos expediciones encuentran dificultades. La de Pedro el Ermitaño por su pobreza, la de los caballeros por los juramentos que les exige el Emperador al darse cuenta de que los cruzados podrían ser obstáculo para su política. Los unos juran con reservas manifiestas, los otros con equívocos, aunque ninguno tiene intención de cumplir, pues su objeto no es servir al Emperador, sino reconquistar Jerusalén.

Pasan al Asia y entonces la campaña es rápida. Ponen sitio a Nicea y vencen a los turcos en Dorilea. Atraviesan el Tauro y se apoderan de Antioquía, pero, a su vez, son sitiados en esta ciudad. Se llega a los últimos extremos; el hambre, la sed y las enfermedades abaten el ánimo de los cruzados y hasta se piensa en la capitulación. Sólo un milagro puede levantar la moral, y el milagro ocurre. Un peregrino provenzal tiene, en sueños, la revelación de que bajo las losas de una iglesia está la lanza con que se hirió el costado del Redentor. Se hacen las pesquisas necesarias y resulta ser cierto. La preciosa reliquia tiene la virtud de infundirles tal valor, que pasan a la ofensiva. La derrota de los infieles es completa, y se recoge, además, inmenso botín.

Balduino y Tancredo, acompañados de cien jinetes, llegan a Belén. Liberan a los cristianos que gemían bajo el yugo musulmán hacia cuatro siglos, se postran ante el pesebre en que reposó el tierno infante por quien fueron creados el cielo y la tierra, y ondea el estandarte de Tancredo sobre la basílica de la Virgen. Inmediatamente se dirigen a Jerusalén.

La ciudad soñada

Al divisar las cúpulas de la Ciudad Santa y oír el nombre de Jerusalén, nadie pudo contener las lágrimas, y «poniéndose de rodillas, dieron los cruzados gracias al Todopoderoso por haberles permitido llegar a la ciudad donde Nuestro Señor quiso redimir al mundo de sus culpas».

Aquellos formidables guerreros sollozaban de emoción, alzaban los brazos al cielo en acción de gracias y besaban humildemente la tierra.

Después de repetidos ataques, el 15 de julio de 1099, Godofredo de Bouillon consiguió aproximar a la muralla una torre de asalto y tender una pasarela. Los soldados ya ascendían por las escalas. En la mezquita situada donde estuvo el Templo de Salomón, los «francos» lucharon con



Los cruzados a la vista de Jerusalén

sangre hasta el tobillo. El conde de Tolosa forzó por la tarde el sector del sur y tomó la Torre de David.

Dominada la ciudad, el mismo día de la conquista, por la tarde, los cruzados «se lavaron las manos y los pies, cambiaron los ensangrentados arneses por vestidos lim-

pios, y descalzos fueron a los Santos Lugares». Después de haber desafiado tantos peligros, no quedaba en aquellos hombres rudos más que una intensa emoción religiosa. Apretujábanse llorando a lo largo del camino y besaban dulcemente el suelo que había pisado el Redentor del mundo.

Godofredo de Bouillon, valiente hasta la temeridad, «acusado» sólo de ser «excesivamente devoto», fué elegido rey de Jerusalén. Tan valiente como piadoso, no quiso llevar corona de rey donde Jesucristo la había llevado de espinas. Para aquel cristiano ejemplar, los únicos que merecían reinar en Jerusalén eran Cristo o su Vicario, el Pontífice Romano, y no quiso aceptar más que la dignidad de Defensor del Santo Sepulcro.

Prácticamente terminó entonces la primera Cruzada. «Nunca vió el mundo empresa semejante, nunca un ejército como aquél, aunque congregado de todos los ángulos de la Cristiandad, casi sin recursos exteriores, sin almacenes, sin tesoro de guerra, sin flota, sin trenes militares, y sin lo más imprescindible: la unidad de mando; en dos años atravesó desiertos, abatió el Islam, escaló los muros de Jerusalén y fundó el reino latino de Asia.»

María Asunción López

LA SEGUNDA CRUZADA

Ya nadie piensa en tomar la Cruz



AN pasados ya 45 años desde la toma de Jerusalén, y las incidencias de la primera Cruzada son del dominio público en Occidente.

Se conocen, por relatos más o menos precisos, pero que tienen la fuerza de haber sido vividos por los cronistas, las tremendas fallas ocasionadas en la expedición espontánea de Pedro el Ermitaño, emprendida con desconocimiento del camino, sin

mando y sin cálculo, esperando ingenuamente encontrar Jerusalén al divisar las cúpulas de cada ciudad que, caminando poco menos que al azar, hallaban a su paso, y la sobrecogida sorpresa de los caballeros ante el clima, el paisaje, la configuración del suelo y la táctica de guerra de los infieles, tan distinta de aquella a que estaban acostumbrados en sus batallas.

Y no sólo las crónicas, patrimonio de unos pocos, sino que juglares y trovadores, de castillo en castillo, de lugar en lugar y de plaza en plaza, cantan en poéticas narraciones el paisaje de Tierra Santa, y los alcázares de ensueño de las ciudades de Oriente; pero, desde luego, lo que arrebató la atención son las audaces hazañas de los cruzados que franquearon montes, ríos y mares, ricos en fe, pero sin más provisión que su armadura y su valor. Sus largos espadas han de oponerse a las gomas de oro; sus escudos abollados y sus cascos hendidos, a las armaduras damasquinadas y los turbantes adornados de perlas, y, en contraste con los lechos de brocado y púrpura de las tiendas del infiel, después de las batallas han de tenderse al raso bajo el pabellón del cielo. Estremece el colorido con que pintan el horror de los sitiados sin esperanza de auxilio y rodeados por un enemigo implacable; el hambre, la sed, el destrozo de los asaltos; las emboscadas en los barran-

cos sin salida, en las resquebrajaduras de los montes, acosados por innumerables contingentes de infieles que los aniquilan desde las cumbres, y las marchas del ejército hostigadas continuamente por ágiles partidas, que se acercan impunemente, disparan sus flechas y huyen en caballos veloces como el viento, antes de que los guerreros francos, cubiertos con su pesada armadura, hayan tenido tiempo de responder al ataque.

Estos relatos destacan con poderoso relieve las gestas heroicas que culminaron en la toma de Jerusalén. Todos las escuchan una y mil veces con deleite; los niños las oyen a sus madres desde la cuna; los jóvenes las ven reproducidas en los tapices del castillo o en las pinturas de las iglesias, y las repiten en sus cantares; son el orgullo de los viejos; constituyen el patrimonio de toda la Cristiandad, pero nadie piensa en repetirlos. Un semiconsciente egoísmo quiere persuadirles de que están al abrigo de estos peligros y que bastan los caballeros del Temple para defender las conquistas que se realizaron con tal derroche de vidas y de valor.

¡Jerusalén en peligro!

Raymond, conde de Antioquía, ha mandado alarmantes mensajes al rey Luis VII de Francia. Zenki, emir de Alepo, es dueño de la ciudad de Edessa y ha asesinado a los armenios que acudieron en su auxilio; aliado con el emir de Mosul y teniendo de su parte al emir de Damasco, cuya alianza ha roto la reina Melisenda, amenaza Jerusalén.

La noticia no puede ser más grave; con todo, nadie se mueve.

Sólo el rey Luis VII, que hace tiempo ha prometido peregrinar a Tierra Santa en expiación del incendio de Vitri, en el que perecieron 1.300 personas abrasadas, ve que la organización de una Cruzada, además de ayudarle a cumplir su voto, le llenaría de gloria.

PLURA UT UNUM

Sin embargo, los ánimos no están preparados para secundarle. En la asamblea de Bourges, celebrada la noche de Navidad del año 1145, el rey expone su deseo, y aunque todos admiran a los primeros cruzados y se apenan por la suerte de Jerusalén, el rey no encuentra más que condolencias estériles y lamentaciones sentimentales. Entre todos, sólo un obispo, el de Langres, está dispuesto a tomar la cruz. Para no sufrir desaire tan manifiesto, el rey aplaza la decisión final hasta la asamblea que convoca para las fiestas de Pascua, y que ha de reunirse en Vezelay.

San Bernardo

Ese nombre llena toda una época. El pueblo venera su santidad y está pendiente de su elocuencia, admira sus profecías y, más que nada, sus milagros. Obra suya es la reglamentación de la orden del Temple, los monjes soldados cuyo destino es guardar la Tierra Santa; los príncipes lo respetan, los reyes le hacen árbitro en sus querellas; cualquier asunto a él encomendado tiene la seguridad del éxito, porque a todos cautiva con la energía de su fe y la unión de su espíritu, así es que desde la quietud de su monasterio gobierna el mundo.

A él se dirige el rey de Francia para triunfar en la asamblea de Vezelay, y le pide que acuda para levantar los espíritus animándolos para la cruzada.

Bernardo, espantado ante la empresa, porque conoce el ambiente, no se atreve, y le expone al rey que no puede predicarse la Cruzada sin orden del Papa.

Precisamente entonces, Eugenio III está emocionado y conmovido por el relato que el obispo de Gábala le hace del lastimoso estado de Tierra Santa. No pudiendo ir él mismo a Francia, como en otro tiempo Urbano II, y con su propia boca hacer el llamamiento a la Cruzada, se apresura a complacer al rey Luis, y nadie encuentra mejor para reemplazarle en su misión apostólica que San Bernardo, Abad de Claraval.

La Asamblea de Vezelay

Obediente al mandato del Papa, San Bernardo se presenta en el día fijado en Vezelay. La fama, como siempre, le precede. Ni la iglesia, ni el castillo, ni la ciudad son suficientes a contener la multitud que acude a oírle. Es preciso formar un tablado de madera en la vertiente de un monte, y bajo el dosel de una tribuna habla Bernardo, teniendo a su lado al rey, que lleva la magnífica cruz regalo del Papa.

Lee primero la bula del Pontífice proclamando la Cruzada y los acontecimientos que la motivan. Toda la Cristiandad de Oriente puede perecer; el honor de los primeros cruzados que rescataron Jerusalén de la tiranía de los musulmanes está en peligro; las conquistas de sus padres han de ser reafirmadas por ellos; el Papa espera que probarán con su heroísmo que Francia no ha degenerado. Han de detener la invasión de los infieles y librar los millares de prisioneros que gimen en las mazmorras; así engrandecerán la santidad del nombre cristiano, y su valor, cuya reputación llena el universo, se conservará sin tacha y adquirirá un nuevo esplendor.

Por magnífico que sea, este preludio no provoca la entrega consciente que supone tomar la cruz, teniendo como tienen experiencia de las aventuras y peligros de los primeros cruzados. Bernardo, entonces, con su voz que parece de ángel, «da rienda suelta a los sentimientos de su corazón y a su fe». ¿Qué diría? Por desgracia, se ha perdido esta pieza oratoria, pero, a juzgar por las consecuencias, electrizó a la multitud, y nobles y plebeyos, tan reacios poco antes, no le dejan acabar y le interrumpen con piadosa impaciencia, gritando: «¡Cruces! ¡Cruces! ¡Dadnos la Cruz!»

Sigue una escena grandiosa: arrodillado a los pies de

Bernardo, recibe el rey, el primero, la roja cruz que Godofredo de Bouillon puso en los muros de Jerusalén; se cuentan, inmediatamente, entre los nuevos cruzados, «la reina Leonor de Guyena, su esposa; el conde de Dreux, su hermano; su tío, el conde Maurienne; Godofredo, obispo de Langres; Arnoldo, obispo de Lisieux; Alfonso, conde de Saint Gilles y de Tolosa; Enrique, hijo de Tibaud, conde de Champaña; Guillermo de Nevers, Archibaldo de Borbón, Enguerrando de Couci, Hugo de Lusignan, el conde de Flandes, todos los nombres ilustres, todos los barones, todos los caballeros», y queda formado el núcleo del ejército.

«Los milagros que, según testigos contemporáneos, acompañaron y siguieron a este hecho incomparable, aumentaron aún el entusiasmo general».

No basta a su celo la predicación

Enardecido, Bernardo recorre las provincias siempre predicando la Cruzada, y como no puede llegar a todas partes, se vale de intermediarios. Son muchos sus mensajes, a todos invita, a todos busca. Dirige llamadas apremiantes y elocuentes. «La tierra —dice al conde de Bretaña y a sus vasallos— tiembla y se agita porque el Rey del cielo ha perdido su tierra, la tierra donde en otro tiempo posó sus pies; los enemigos de la Cruz se reúnen para conspirar, y con la cabeza erguida dicen: Tomemos para siempre posesión de su santuario. Se disponen a profanar los lugares consagrados por la sangre de Cristo; levantan las manos hacia la montaña de Sion, y si el Señor no vela, se aproxima el día en que se precipitarán sobre la Santa Ciudad de Jerusalén. Gran número de cristianos gimen cautivos, a otros les matan como corderos. La Providencia considera estos actos en silencio: quiere ver si hay alguien que busque a Dios, si hay alguien que comparta su dolor y le devuelva su herencia. A instancia del rey y por orden del Papa, fuimos a Vezelay por las fiestas de Pascua... Allí, bajo la acción del Espíritu Santo, rey, príncipes y pueblo, todo el mundo, se armó con el signo de la cruz. Esta bendición se extendió a toda Francia, y todos, a porfía, acudieron a recibir sobre su frente y su hombro el signo de salvación. Como vuestro país es fecundo en hombres valerosos y aptos para la milicia, es preciso que os enroléis los primeros en esta obra santa, y que todos toméis las armas bajo la bandera de Dios vivo... Vamos, generosos soldados, tomad las armas, no abandonéis a vuestro rey, al rey de los francos, ¿qué digo?; al Rey de los cielos, por el cual éste emprende tan peligroso viaje.»

En las orillas del Rhin

Esta marcha triunfal despierta el celo imprudente y falso de otro monje, que intenta predicar como él, pero en los pueblos del Rhin.

Su falta de espíritu, en lugar de enardecer para la Cruzada, peligrosa y lejana, de Jerusalén, señala un objetivo más fácil y tentador de la codicia. Despierta una persecución contra los judíos, que, como casi siempre, esconde el inconfesable deseo de apoderarse de sus riquezas.

Rápidamente acude San Bernardo a sofocarla, increpando duramente a los habitantes de Mayence que más se habían distinguido en su furia persecutoria. «Marchad a Sion —les dice—, defended el sepulcro de vuestro Cristo, pero no toquéis a los hijos de Israel y no les habléis más que con benevolencia; tened presente que son la carne y los huesos del Mesías; inquietándoos os arriesgáis a herir al Señor en las niñas de sus ojos.» «Ni los ángeles ni los Apóstoles aprueban la muerte de los judíos. La Iglesia, además, ruega por su conversión, y está segura de que, al fin de los tiempos, todo Israel será salvo.» «La doctrina de la persecución no viene de Dios, sino del demonio, padre del engaño y que fué homicida desde el principio.»

Los ánimos se apaciguan, las codicias ceden, los en-

tendimientos se aclaran, y no sólo cesa la persecución de los judíos, sino que encauza el espíritu levantisco que la animaba, dirigiéndolo a lo que es entonces el único objeto de su solicitud: LA CRUZADA.

Se repite en la villa imperial la escena de Vezelay

San Bernardo quiere ganar también para Cruzada al emperador Conrado III, pero éste se niega desde el principio.

No bien afirmado todavía en el trono, con el temor de los güelfos en el interior, la hostilidad de los sicilianos y la revolución romana, no quiere arriesgar su reino, y si no niega a San Bernardo los más amplios poderes para que predique la Cruzada, resístese a tomar parte en ella. Los nobles siguen su ejemplo.

El Santo insiste en Spira, en Francfort; se entristece cuando, después de la fiesta de la coronación, sigue negándose obstinadamente. Vuelve a insistir, aprovechando una audiencia privada en que el emperador le consulta asuntos del Estado, pero sólo consigue la negativa disimulada de que le contestará al día siguiente.

Sin embargo, aquel mismo día, impelido por el Espíritu Santo, Bernardo, durante la misa, contra su costumbre, habla sin ser invitado; suplica a sus oyentes una vez más que corran al auxilio de Jerusalén, y con sublime coraje, apostrofa directamente a Conrado: le hace comparecer ante el Tribunal de Dios vivo y le pide cuenta de su administración. Ya no es el orador el que habla, es el Rey de los reyes, es Jesucristo; enumera los favores que ha prodigado al emperador: riquezas, honores, corona, buenos consejos, fuerza en el alma, salud en el cuerpo, y añade: «Hombre, ¿qué puedo hacer por ti que no haya hecho?»

Conrado no puede resistir a esta viva interpelación. Su alma se conmueve y su obstinación se rinde. «Reconozco los favores del cielo —exclama—, y desde ahora, con la ayuda de Dios, no seré más ingrato.» «Estoy presto a servir al Señor, puesto que por su parte nada ha dejado de hacer por mí.»

Inmediatamente se repite la escena de Vezelay. El emperador toma la cruz; Federico Barbarroja aplaude esta decisión y la toma también. Todos los príncipes, los nobles y el pueblo siguen el ejemplo.

También por toda Alemania

Para remediar las rivalidades y divisiones interiores del reino, Bernardo recorre entonces el país proponiendo la guerra santa, como único ideal capaz de neutralizar las estrechas ambiciones personales.

«He aquí, hermanos míos —dice dirigiéndose al arzobispo de Colonia y sus diocesanos—, he aquí el tiempo favorable, el tiempo de las gracias y de la salud. ¡Oh dolor!, los enemigos de la cruz abren su boca sacrilega para devorar el santuario de la religión cristiana y amenazan invadir y aplastar con sus pies el lecho sagrado donde Cristo, que es nuestra vida, se durmió para nosotros en la muerte... ¿Qué es lo que hacéis vosotros, servidores de la cruz?»

¿Abandonaréis así el Santo a los perros y echaréis las margaritas a los cerdos? Pensad que el triunfo de los infieles será objeto de dolor para todos los siglos y eterno oprobio para la generación que lo permite.»

Va mostrando a los alemanes el amplio campo donde pueden ejercitar su bravura, no solamente sin crimen, sino con honor y provecho, diciéndoles: «Vuestro país es patria de hombres generosos y rico en juventudes; la fama de vuestro valor llena el universo entero; tomad vuestras armas gloriosas por el amor y defensa del nombre cristiano. Moverse, guerrear por motivos viles no es valor, es locura; no es valentía, es demencia... he aquí, naturalezas guerreras, una ocasión de combatir sin peligro. Aquí, vencer es una gloria, morir una ganancia... os propongo un negocio ventajoso: tomad la cruz. Este hecho os costará poco teniendo en cuenta vuestro valor, pero tiene un gran precio: vale el reino de Dios.»

Arrastrada por la palabra del Santo, toda Europa en pié

La salud alterada de San Bernardo exigía cuidados exquisitos; dicen que su cuerpo era tan débil que en su semblante la muerte había puesto su sello de antemano, pero el generoso abad, obedeciendo el mandato del Papa, no cree que esto sea obstáculo y demuestra que «un alma grande es siempre dueña del cuerpo que anima». Sin hacer caso de su salud, alentado por el éxito, continúa con celo infatigable, y escribe al Papa demostrando que, aun cuando sentía una legítima satisfacción, el secreto de su éxito estaba en la obediencia a sus mandatos.

«Vos habéis ordenado, yo he obedecido; es la autoridad del que manda lo que hace fecunda mi obediencia. He abierto la boca, he hablado, e inmediatamente los cruzados se han multiplicado hasta el infinito. Las ciudades y aldeas han quedado desiertas. Dificilmente se encontrará un hombre entre siete mujeres. Por todas partes se ven viudas y huérfanos cuyos maridos y padres viven.»

Y tan fecunda fué su obediencia, que cuando dió por terminada su predicación toda Europa estaba en pie, dispuesta para la Cruzada. España contenía a los almoravides por el sur; en Moravia, Sajonia, Dinamarca, Suecia, Noruega, Polonia y Rusia cien mil hombres se disponían a contener los idólatras eslavos del norte. Quedaba libre el paso al centro de Europa para dirigirse a Jerusalén junto con los cruzados italianos que marchaban a liberar Edessa y defender el Santo Sepulcro.

La paternal providencia del Papa, al mismo tiempo que tomaba a cargo de la Iglesia la salvaguarda de las mujeres, los dominios y los bienes de los cruzados, otorgaba ampliamente el privilegio de la remisión de los pecados y promesa de vida eterna a todos los que emprendieran la santa peregrinación y murieran en servicio de Jesucristo. ¡Los que tal hicieron tenían asegurado el éxito personal de la conquista de la vida eterna, independiente del éxito que pudieran tener sus armas! El Dios por quien tomaban la espada y la cruz no se deja vencer en generosidad. Aun la derrota colectiva puede significar el triunfo individual. ●

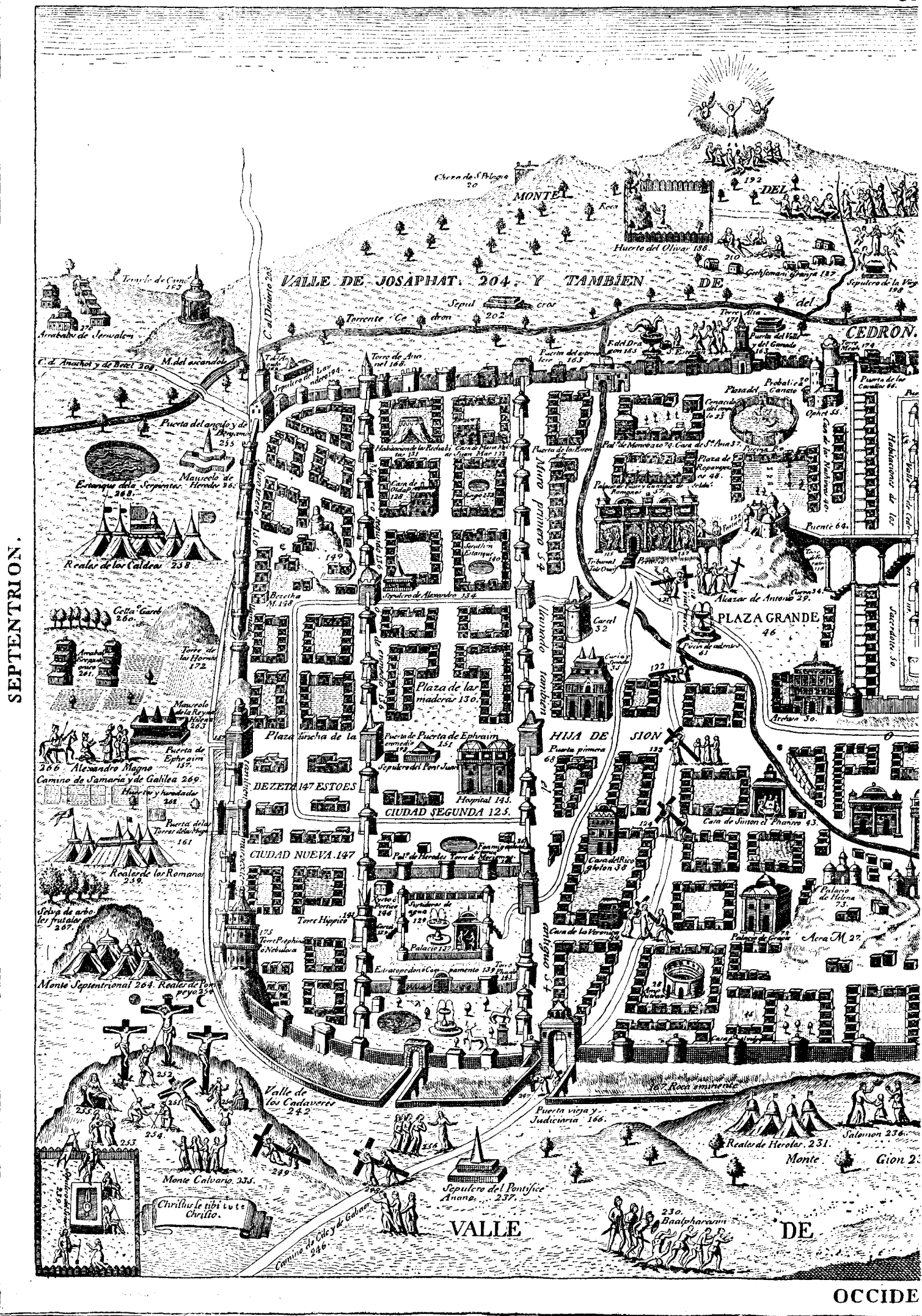
M. L. Suñé

Se encontrará la Iglesia frente a deberes desconocidos en otras edades. Sólo podrán llevarlos a término los corazones que no teman asistir a la renovación del misterio de la Cruz.

(Radiomensaje de S. S. Pío XII, en 24 diciembre de 1943).

JERUSALEM SUS EXIDOS, Y LOS LUGARES EN QUE J.C. PAD.¹⁰ CC

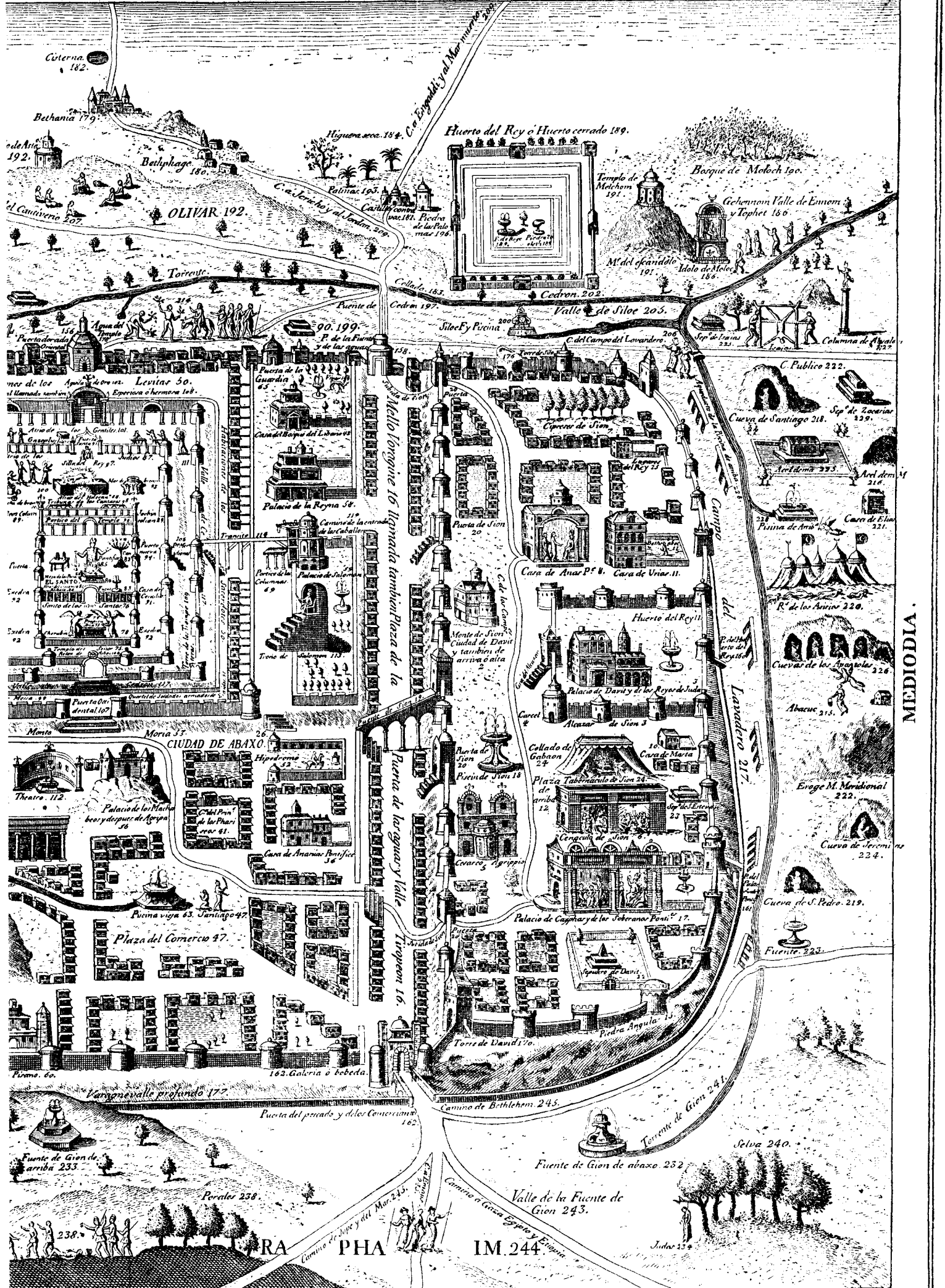
OI



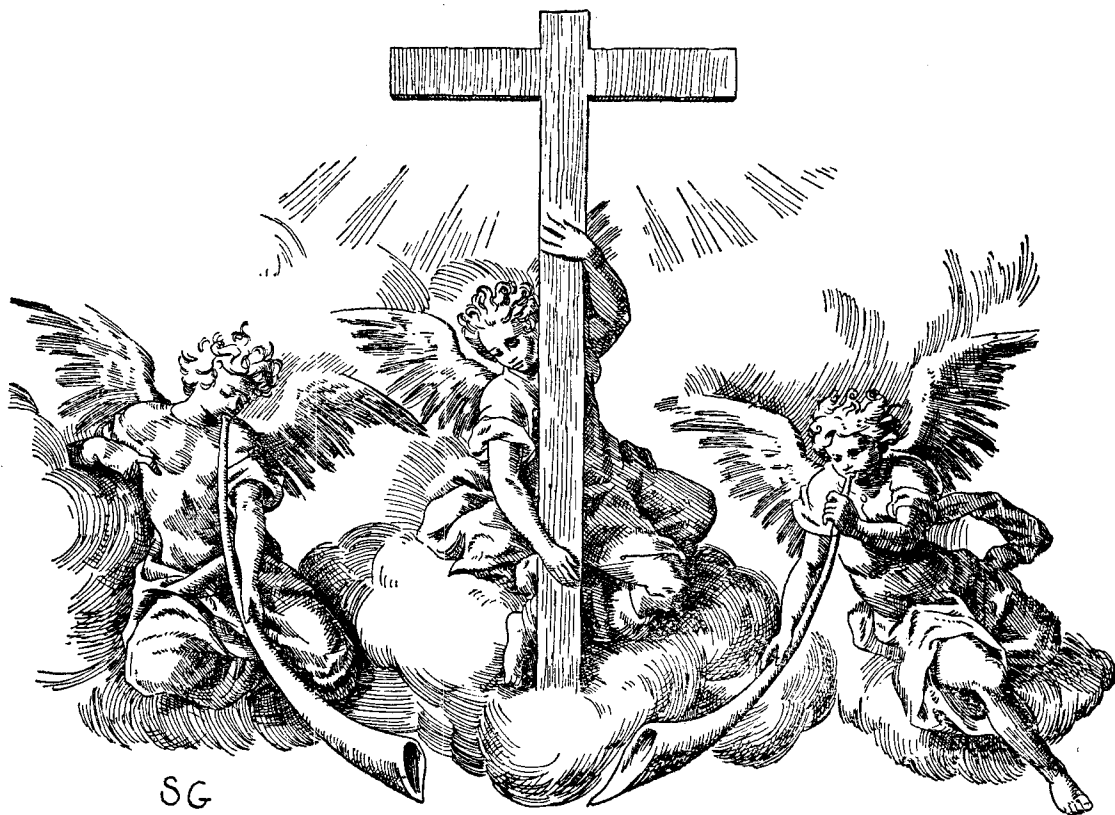
SEPTENTRION.

OCCIDE

O ENTONCES SE CONOCIAN: SU DESCRIP. ES DE CRISTIANO ADRIANO MONTANARI.



MEDIODIA.



LA EXALTACION DE LA CRUZ

Primero combate para redimir los Santos Lugares y rescatar la Cruz de Cristo de que el rey persa Cósroes se había apoderado, la empresa del Emperador Heraclio subyugó el ánimo del gran poeta dramático Calderón de la Barca y le llevó a dedicar a este tema su drama sagrado «La exaltación de la Cruz».

Hemos seleccionado, para la ilustración del presente número de Cristiandad, dos fragmentos de dicha obra: uno de ellos que describe la toma de Jerusalén por los infieles, la ambición de estos por poseer nuestra ciudad santa, su orgullo de apoderarse del sublime instrumento de nuestra sacrosanta Redención; el otro fragmento representa la llegada de la imaginaria Clodomira, reina de Gaza, que acude a Heraclio para implorar rescate del poder de los infieles las tierras cristianas y sobre todo los Santos Lugares y la Cruz de Cristo. Responde Heraclio a su llamamiento con la pasión del adalid cristiano, para quien todo es obstáculo, desde que se despierta su anhelo de Cruzada.

CÓSDROAS. — *Ea, valientes soldados,
hoy el día ha de ser nuestro,
y en fe de nuestro valor
mi nombre vivirá eterno.
Ya la gran Jerusalén,
que pudo llamarse un tiempo
emperatriz de las gertes,
esclava está en cautiverio.
Ya postrada, ya rendida,
a voces clama, pidiendo
misericordia. Ninguno
se enternezca a sus lamentos;
que yo el primero de todos,
por dar a todos ejemplo,
para mi despojo elijo
este edificio opulento,
de quien piedra sobre piedra
no me ha de quedar.*

(Al entrar por la puerta del templo, sale Zacarías, viejo venerable, vestido de sacerdote a lo antiguo, y pónese de rodillas. Cósdroas se suspende. Jornada I, escena III.)

ZACARÍAS. — *Soberbio
idólatra, no profanes
los umbrales deste templo.*

CÓSDROAS. — *¿Quién eres, ¡oh venerable
anciano!, que al verte has hecho
que se suspendan mis iras?*

ZACARÍAS. — *Soy, si de quien soy me acuerdo,
el infeliz patriarca
de Jerusalén.*

CÓSDROAS. — *¿Qué afecto
te trae buscando la muerte,
de que andan todos huyendo?*

ZACARÍAS. — *El de morir a tus manos,
antes de ver el desprecio
del templo a quien amenazas.*

CÓSDROAS. — *Pues ¿qué templo, di, qué templo
es éste?*

ZACARÍAS. — *El que fabricaron
la fe, religión y celo
de Elena y de Constantino
al soberano madero*

en que fué crucificado
nuestro Dios.

CÓSDROAS. — *Al oírlo, tiemblo (atropéllale)
de ira. Esa cruz, que es su imagen,
será mi mayor trofeo:
a Babilonia cautiva
la he de llevar, donde tengo
que ofrecérsela a mis dioses...*

ZACARÍAS. — *¡Piadosos cielos!
(Entra Zacarías en el templo como
para defender la cruz, y descúbrese
dentro un altar, y la cruz en él, y a sus
lados las estatuas de Elena y Constan-
tino. Jornada I, escena IV.)*

.

CLODOMIRA. — *...
Jerusalén de idólatras sitiada,
Jerusalén de fieles no asistida,
de los unos tres veces asaltada,
de los otros ninguna socorrida,
la frente de ceniza coronada
y la cerviz de púrpura teñida,
toda horror, toda asombro, toda espanto,
apeló sólo al tribunal del llanto.*

*... [fuerte,
¡Oh, nunca hubiera en confusión tan
oh, nunca hubiera en pena tan crecida
sin vida yo escapado de la muerte,
sin muerte yo escapado de la vida!
Nunca me hubiera mi infelice suerte
de un portillo enseñado la salida,
por donde pude, sin que estorbos tope,
llegar a Jafa y embarcarme en Jope.
De su puerto, traída de los hados,
vengo, donde te cuenten mis gemidos
que dejo sus alcázares postrados
y sus antiguos muros demolidos,
sus sagrados lugares profanados,
sus altares y templos destruidos;
y que por fin de suerte tan esquiva,
la cruz de Cristo a Persia va cautiva.
No puedo aquí...*

HERACLIO. — *Ni yo puedo,
cuando tus voces escucho,
dejar que prosigas. Cesa,
que helado, absorto y confuso,
no sé, ¡ay infeliz!, no sé
si vivo estoy o difunto.
El madero soberano,
iris de paz que se puso
entre las iras del cielo
y los delitos del mundo:
el sagrado leño, que
siendo arca deste diluvio,
fué después, de Dios humano
el carro, el plaustro y el triunfo.
¡Ultrajado (¡tal repito!)
de bárbaros (¡tal pronuncio!),
en Persia cautivo yace,
sin estimación y culto?*

*¡Oh, mal hayan; oh, mal hayan!...
Pero, ¡a quién culpo, a quién culpo,
si mis omisiones solas
dieron materia a este insulto?
Pero aunque conozco tarde
el yerro en que amor me puso
presto he de enmendarle. Salga
del lugar donde le tuvo
mal entretenido el ocio,
mal aconsejado el gusto;
salga Eudocia de mi pecho,
y este hermoso objeto suyo,
(Rompe el retrato.)*

*desperdiciado del aire,
vuele en átomos menudos.
Los aplausos de mis bodas
que el alborozo dispuso,
trueque el dolor en exequias:
sea el tálamo sepulcro.
No haya en mi valor, no haya
en mi amor afecto alguno
desde hoy que en orden no sea
a rescatar este sumo
tesoro: sepa cobrarle
quien sólo perderle supo.
(Asómase a una galería, y se dirige a
las personas que se supone se hallan
abajo.)*

*Deudos, vasallos y amigos,
Heracio, César Augusto
de Constantinopla, os pide
perdón del ocio en que os tuvo.
En todo mi imperio a un tiempo
se escuchen ecos confusos
de trompas y cajas; pero
bien pronunciado ninguno.
Destemplado el parche gima,
bastardo el metal robusto,
y en vez de los estandartes
que fueron en sus dibujos
primavera de los vientos,
el aire tremole oscuros
tafetanes: negras sean
en sentimiento tan justo,
banderas, plumas y bandas;
que a tan sacrilego hurto,
es bien que la cristiandad
se vista de negros lutos.
Y yo he de ser el primero
que embrazado el fuerte escudo,
que el templado arnés trenzado
y el limpio acero desnudo,
en la campaña resista
los destemplados influjos
de las escarchas de enero
y de los soles de julio,
hasta que pierda la vida,
o vea si restituyo
la cruz de Cristo al lugar
adonde Elena la puso.*

*(Tocan dentro cajas destempladas y
sordinas. Jornada I, escena IX.)*



LA CRUZADA DE OCCIDENTE

I. — Mediocridad

SABEMOS, con la certeza invariable que nos da nuestra fe en los destinos del mundo, que se aproxima el momento en que, como consecuencia del final contraste de los materialismos en pugna, estallará la guerra. Pueden frenarla mediante adaptaciones, transigencias, mediocridades, durante algún tiempo. Este tiempo perdido servirá para dar más virulencia y encoro a la lucha inevitable. Para este momento no habrá ya posibilidad de encuadrar en bandos definidos a las dos fuerzas en pugna que, partiendo de un mismo error, lucharán entre sí. Aparentemente se refugiarán en los conceptos transitorios de «democracia» o «comunismo», para justificar su contraste. La realidad resultante será desgraciadamente muy otra que la que podría derivarse del triunfo de cualquier bando. La realidad que viene, ya es necesario que se apresure a esbozar algo de la razón de fondo que mueve a los hombres a luchar entre sí, y esta realidad dividirá en dos sectores a los hombres que sobrevivan. El sector materialista, que seguirá, bajo el signo del Mal, acumulando errores, y el sector auténticamente cristiano, que, bajo el signo del Bien, irá *aportando sacrificios*.

La lucha definirá claramente estos dos bandos. El materialismo seguirá ofreciendo espejismos de comodidad y bienestar, para atraer a las masas inconscientes. El Cristianismo irá exigiendo sacrificios para sobrellevar la dura carga de estos años crueles.

El beneficio o el sacrificio. Esta es la cuestión. El beneficio engendra mediocridad. El sacrificio determina selección.

¡Con qué claridad vemos ahora la trayectoria a seguir! ¡Cuán distinto se nos antoja el haber llegado a poder decir esto, de lo que decíamos, hace todavía bien poco, cuando, siguiendo esta misma trayectoria, todavía no habíamos llegado a esta inapelable definición!

Huyendo de la mediocridad inconsciente de estos seres estandarizados que produce el materialismo democrático, hemos llegado a la conclusión de poder enunciar esta teoría política de selección por el sacrificio, que nos lleva a la verdad de una auténtica reacción del Occidente cristiano.

Con este grito de «selección por el sacrificio» nos vamos a oponer a la consigna de «común beneficio» que ofrecen las democracias. Al grito aglutinante del comunismo de *juntos!* y a la teoría aglutinante de la «necesaria mayoría», vamos a ofrecer el grito de *¡aislados!* y la teoría disgregante de nuestra selección. Vamos a oponer el partido de los menos al partido de los más. La selección a la elección.

Este va a ser nuestro punto de partida. Vamos a manejar el absurdo de esta exigencia de dolor y sufrimiento, para definir y agrupar a los elegidos que el mundo necesita para su recuperación.

La mediocridad de tantos seres que, por decantación y democracia, han venido a formar el triste cuadro de los dirigentes del mundo, debe ser contrastada con el verdadero valor de otros que vengan, con un auténtico sentido de sacrificio, a destacarse y gobernar.

El momento que viene será, como el que ha determinado esta segunda guerra, un momento inconcebible de dolor. Para esta circunstancia nueva, como para la anterior, se planteará un dilema a los seres conscientes. El encuadramiento voluntario en las filas sacrificadas de una selección cristiana, o la desesperanza.

Decimos desesperanza entendiendo bien todo el alcance de este término infinito. Hemos asistido, durante el curso de estos años de postguerra, al espectáculo desconsolador de ver sumidos en la desesperanza a miles de seres que, con sus vidas rotas y sus economías deshechas, han desfilado ante nuestros ojos como una interminable teoría de seres desorientados. Hemos visto a alemanes, franceses, ingleses e italianos, y griegos, a beligerantes y a neutrales, a vencedores y a vencidos, desfilando ante nosotros con una misma mueca de terror y desengaño. Han vivido el sacrificio *sin saber que lo vivían* y sin altar en que sustantivarlo. El beneficio que se les ofrecía no obligaba a la aceptación de estas situaciones inconcebibles de dispersión o de ruina. No fueron *sabiendo* por qué y para qué luchaban, y siguen sin enfender la bárbara condición a que han llegado. A estas gentes se les dijo que, como otras veces, las naciones iban a luchar entre sí, y esto no era verdad. El hecho internacional, y su definición por el derecho internacional, se derrumbó estrepitosamente en el momento en que democracias y dictaduras se mintieron mutuamente, evitando definir la verdadera causa de la lucha. No hubo entonces verdad, y sigue ahora imperando la misma mentira. Nadie se atreve aún a llamar por su nombre la circunstancia que vivimos. Siguen en su mediocridad, los hombres y los gobiernos, buscando fórmulas mediocres de aplazamiento y desfiguro de una verdad inevitable.

No es de extrañar que, hasta en las más altas esferas del pensamiento cristiano, se haya llegado a enjuiciar este momento como de «humanamente irremediable». En efecto, mientras persista la mediocridad como ley selectiva de hombres e ideas, la resultante no puede ser otra que esta desilusionada conclusión. Mientras las democracias sigan ondeando sus banderas económicas de oficio y beneficio, el mundo no tiene remedio.

Hay que hablar a las gentes un distinto lenguaje. Es preciso predicar sacrificio, para que *empiecen a hacerse la idea de venir voluntariamente a entender la verdad que van a vivir*. Quieran o no, el sacrificio va a serles exigido a los unos y a los otros. Los que lo sepan formarán la selección, los que quieran seguir ignorándolo seguirán amasados en la mediocridad.

Levantamos con esto una bandera. Vamos a continuar hablando así y presentándonos internacionalmente como representantes de una selección que se ofrece, voluntaria y conscientemente, al sacrificio. Vamos a decir: no pertenecemos a nadie y somos consecuencia de algo más importante que una nacionalidad o una conveniencia económica. Queremos vivir una internacionalidad mejor que la que puede darnos el comunismo. Queremos vivir en la austeridad, para no engañarnos, y morir por la mentira de la abundancia. Queremos destacarnos por nuestras virtudes en lugar de confundirnos en y por nuestras apatencias.

Frente a la teoría del beneficio oponemos la teoría del sacrificio. En lugar de «derechos» hablaremos de *deberes*. En lugar de apoyarnos en el «hombre» nos apoyaremos en Dios nuestro Señor.

Nuestro programa debe ser irreal y magnífico, en contraposición al positivismo de quienes venden lo que no son y lo que no tienen. Predicaremos dificultad y pesimismo, para recoger una mies seleccionada de abnegación y conformidad.

Winston Churchill trazó una trayectoria de dificultad en los momentos de Dunkerque. Impulsado por el miedo, habló de «Sangre, Sudor y Lágrimas», y las gentes, atentas a esta realidad que les anunciaba su portavoz, le siguieron ciegamente. Son incontables los sacrificios a los que se llegó, en aquellos momentos, por gentes convencidas de que la invasión era inevitable. Nosotros, en nuestra guerra civil, asistimos a la misma experiencia. Las gentes, enfrentadas a la tragedia de sangre y despojo del primer período, se entregaron incondicionalmente al mando improvisado, ofreciendo las más sacrificadas prestaciones personales o materiales.

Pues bien, el momento que viene supera, en todos los terrenos, a lo que antes ha vivido el mundo. Vamos a asistir, y *estamos asistiendo ya*, a la más trascendental epopeya que han conocido los tiempos. Jamás la humanidad se ha visto frente a una coyuntura total, que estalla y pone en juego, a la vez, a todas las gentes en todos los países. El momento es tremendo y, sin embargo, la mediocridad de pueblos y gobernantes sigue entregando a la frívola disposición de las gentes argumentos inconcebibles, de una ligereza infrahumana, para contener la inquietud o para pretender definir unas defensas que no existen.

El mundo se halla inerme e indefenso frente a esta gravísima efemérides. Indefenso material y moralmente. En lo material, a causa de la desunión de dirigentes de los pueblos de Occidente, y moralmente, a causa del engaño que se propaga como fruto de la mediocre condición de quienes en el mundo han sido elegidos democráticamente para destacar de la condición irresponsable de la masa.

Para hablar un lenguaje adecuado que exprese la realidad que vivimos, y vamos a vivir, debemos recurrir al fono fatalista de aquellas profecías por las que el Señor se manifestaba a los hombres en los tiempos pretéritos. Sólo un lenguaje así puede servir de vehículo a la idea desconsolada que nos atormenta, al ver y considerar la mediocridad de estos dirigentes del mundo, ocupados en trámites inadecuados, de orden político o económico, en momentos en que el mundo se disgrega por falta de argumento.

Una Cruzada de Occidente no es una necesidad política ni una consecuencia económica; es, desde luego, un gesto romántico de orden inmaterial, que no se define por cifras ni se comprime en unos reglamentos. Una Cruzada

es un gesto de fuerza originado por el solo impulso de una idea inmaterial y desinteresada. Es un gesto que destaca a una minoría exaltada y la proyecta hacia campos de ideal en defensa de la verdad.

Nuestra exaltación de hoy es hija ya de muchos años de preparación intransigente. Nos producimos en esta forma violenta porque ha llegado el momento de la violencia. Sólo así lograremos desasirnos de la muelle apatía a que nos somete la mediocre condición de los dirigentes del mundo.

Cada día que pasa se lleva un trozo de nuestro continente, y el año último se ha llevado un continente entero. Asia se funde entre los dedos de los americanos, y Europa se entumece adormecida por el arrullo socialista de los ingleses.

Hechos monstruosos de orden material y moral se suceden ininterrumpidamente. Se nos dice que un millón de alemanes, trescientos mil italianos y un número indefinido de japoneses viven en condición similar a la de aquellos esclavos que, hace 4.000 años, sirvieron de argumento para frisar estelas y obeliscos. En pleno siglo XX se producen hechos que servían de patrón dramático al teatro griego, y las gentes asimilan sin pestañear el martirio del Cardenal Mitzcensky a la defenestración de Praga.

Sabemos positivamente que una simple pulsación determinó en Hiroshima la muerte de un número incalculable de personas, y sabemos también que más de mil ingenios atómicos están suspendidos sobre nuestras cabezas.

Sabemos que los fundamentos de la sociedad civilizada son continuamente objeto de la labor desintegradora comunista que día a día se infiltra y socava estos fundamentos. Sabemos que nada de lo que somos y tenemos es respetado por estos seres desencadenados por las potencias del mal que trabajan en la sombra de nuestras sociedades occidentales esperando el momento de darse la mano abiertamente con sus camaradas de Moscú.

Sabemos esto, y vivimos adormecidos por las canciones que producen en su mediocridad democracias y socialismos.

Este Año Santo de 1950 no es un año más a añadir a la serie de los años anónimos. Algo debe, necesariamente, desencadenarse en el orden de los hechos o en el campo de las ideas.

II. - El látigo en el templo

Hemos pesado largamente los pros y los contras que podría plantearnos el enjuiciamiento de esta cuestión fundamental del colapso del mundo, desde un plano intransigente de violencia. Hoy, sin embargo, nos decidimos a lanzarnos por este camino, pensando que sólo una reacción violenta puede salvar al mundo y, por tanto, y contrariamente a lo que opinan democracias y transigentes, el medio más efectivo de reaccionar adecuadamente consiste en la utilización de los más violentos reactivos.

En estos momentos gravísimos, densos de signos precursores que traducen mal los alfilerazos y desplantes en que se entretienen los dos bandos en pugna para disimular su falta de auténtico argumento, es preciso algo más importante que esta tímida reacción de los occidentales (pese a las bombas atómica y de hidrógeno) para definir una actitud o presidir un movimiento.

En esta ocasión, y como siempre, nosotros nos refugiamos en el amparo de la oración para desasirnos de la torturante obsesión de inminencia de peligro que nos van proporcionando prensa y radio, al ir dando cuenta de los sucesivos episodios de este desmoronamiento materialista.

Desde el plano elevado que la oración nos otorga, ve-

mos las cosas con más serenidad, y en esta oración encontramos no sólo el argumento preciso, sino la forma y valor para expresarlo.

La infinita sabiduría que viene concentrada en los Santos Evangelios nos da, para cada momento o situación posible de la vida, una adecuada solución. Nada queda por definir, y nada puede escaparse de este maravilloso enjuiciamiento del hombre en todos sus momentos y en todas sus actividades. Además, para cada caso, los Santos Evangelios, al hacer permanente, y multiplicar hasta el infinito de las gentes y de los días, la presencia del Señor entre los hombres, otorgan a los mismos, y a través del gesto del Señor, el tratamiento adecuado.

La presencia de Cristo en la tierra se manifiesta así de distintas maneras igualmente expresivas y necesariamente aleccionadoras. Así le vemos, aureolado de luz de amanecer, abriendo la paz inigualable de sus brazos amorosos a los niños, o por el contrario, poderoso y rígido, emanando destellos inflamados de ocaso, empuñar el látigo y fustigar implacable con él a los mercaderes del Templo.

Pues bien, y como al principio decimos, creemos que ha llegado el momento para nosotros, adecuado a la cir-

PLURA UT UNUM

cunstantia que vive el mundo, de expresarnos violentamente y de empuñar el látigo de una dialéctica implacable, para aclarar definitivamente los conceptos. Esta actitud nuestra será una vez más disonante y poco en relación con las teorías de dilación o apaciguamiento, que han venido desgranándose como elucubración sesuda de los dirigentes democráticos. Se necesita, por lo tanto, un cierto valor para no sólo disentir, sino fustigar con todos los medios a nuestro alcance las teorías opuestas a nuestro sentir y pensar. Aun hay más: lógicamente se puede intuir que nuestros primeros ataques irán necesariamente dirigidos a las fuerzas contrarias, que en el campo opuesto encarnan el concepto del mal. Sin embargo, no será así, y en esto seguiremos también la pauta que nos traza la acción del Señor en el Templo. Entendemos que al desalojar a los mercaderes de la casa de Dios, el Señor no les atribuía una condición distinta de la que tienen aquellos pequeños traficantes que, acudiendo a la ventaja de la aglomeración, pretendían en ella encontrar su beneficio. No se trataba de apóstatas, ni de enemigos del dogma, ni de espíritus malignos, se trataba de gente adaptable y oficiosa que pretendía tan sólo acogerse a cierta transigencia de guardas y prestes, para beneficiarse. La idea en sí no tenía una mayor tortuosidad... La transigencia también podía aceptarse como expresión contemporizadora... El resultado, sin embargo, planteaba a toda conciencia estricta un problema tan importante y decisivo como se nos antoja ser el servir-se de la Casa del Señor, hogar de toda santidad y cripta de todo respeto, como centro de especulación y zoco de algarabía.

Son dos los pecados que originan esta situación. Dos pecados al parecer poco importantes: la codicia y la transigencia.

Son también dos los pecados que llevan a las civilizaciones de Occidente fuera del marco de la Ley de Dios: los mismos de entonces magnificados a proporciones mundiales. La codicia o afán de beneficio inmediato, que lleva a los hombres y a los pueblos a concepciones económicas de un materialismo infrahumano, y la transigencia sin límites de este mismo materialismo que, en alas oportunistas, lleva a las gentes y a los pueblos, en etapas sucesivas de apaciguamiento y condescendencia, al mismo impío terreno que llevó a los otros pretéritos traficantes: a prescindir de la presencia y respeto de Dios.

Es, pues, contra estos congéneres occidentales y democráticos contra quienes vamos a esgrimir el látigo de nuestra violencia, entendiéndolo que son más culpables y, por ende, más responsables de su desvío de Dios por esta su misma condición consciente y occidental.

En el entonces de la expulsión de mercaderes del Templo, la diestra de Dios señala y se agita implacable frente a la moderación sinuosa de gentes que se creían autorizadas por su oficio y afán de beneficio a minar el prestigio y apartarse del respeto de Dios. Se trataba, desde luego, de elementos afines y aparentemente inofensivos, gentes amables y serviciales.

El duro castigo pone de manifiesto una rígida condición intransigente frente a todo movimiento sedicioso, o frente a toda falsa interpretación del único sentido que debe atribuirse a la Verdad. Siguiendo, pues, la inflexible trayectoria que nos traza el Señor con su gesto imperioso, va a sernos fácil descubrir, enjuiciar y fustigar todo aquello que se nos antoja ser versión moderna de aquel antiguo pecado.

Decimos que nos será fácil por cuanto casi todo cuanto nos rodea es ingente pecado de transigencia.

Es transigencia la Reforma, que brota como fuente de error de la peña del materialismo para dar elasticidad a la rígida concepción de la doctrina cristiana que impone el Señor a su Iglesia.

De esta fuente nacen un sinfín de corrientes materialistas; de esta desviación nace la más monstruosa mixtificación religiosopolítica de todos los tiempos. Dando forma

a tantas y tan coincidentes transigencias, nace la doctrina materialista que, al grito sofístico de «libertad», erige al hombre en fundamento y origen de todo derecho y relega a Dios a un segundo plano intrascendente.

Por este camino, del hombre por el hombre, y para el hombre, se desliza la humanidad por pendientes de democracia hacia el despeñadero inevitable del comunismo.

Pues bien, todas estas formas que pretenden seguir llamándose cristianas, caben dentro del ámbito del «Templo», y así no debe extrañarnos que, cuando se reúnen a discutir los representantes, más o menos cristianos, de estos pueblos, sus discusiones deriven hacia el terreno económico, que es, en definitiva, el que mejor se ajusta a su condición transigente de comerciantes positivistas.

Pues bien, con esto y aquí llegamos al punto crucial de este escrito, con el que nos atrevemos a enjuiciar a estas tímidas adaptaciones que, con nombres compuestos, forman los «partidos» que pretenden encuadrar la tímida condición de los cristianos.

Entendemos que estas gentes pueden equipararse a los mercaderes, por cuanto en la mayor parte de los casos su encuadramiento responde menos a una inquietud espiritual que a su material conveniencia, y, además, porque todas estas definiciones democráticas tienen el vicio de origen de instituir al hombre como base fundamental de su doctrina y *derivan necesariamente hacia la economía*, que es la ciencia de esta sociedad materialista. Su definición es siempre ambigua, y por esto se refugian en los nombres compuestos para definir el partido en que militan.

Hemos dicho otras veces que para el momento gravísimo que va a vivir la humanidad, las definiciones vagas deberán ceder el paso a las afirmaciones concretas. Precisamente lo que va a liquidarse en esta guerra que viene son necesariamente estos partidos políticos que han servido al materialismo para gesticular, con el artificio dialéctico de su falta de contenido.

El momento que viene es el de la liquidación definitiva de estas sofisticadas concepciones, fundiendo en conceptos mucho más amplios la pequeñez de las antiguas definiciones. *Con Dios o contra Dios; he aquí cuál va a ser el punto de partida*. Contra Dios incluye a cuantos se sientan suficientes para materializar en sí mismos, y en el corto espacio de su permanencia terrena, toda su aspiración. Los escépticos, los apáticos, los indiferentes, se sumarán a los atcos.

Ahora bien, si esto es así para este mañana que prevenimos, es justo que tratemos de anticiparnos a lo que viene, haciendo de este modo más consciente nuestra condición de tránsito. Esto sólo lo obtendremos denunciando ya ahora, implacablemente, todo aquello que, por su condición indefinida o simplemente viciada por la influencia de este materialismo que padecemos, viene a desdibujar los perfiles de la definición intransigente que nos atribuimos cuantos cristianos vivimos sujetos a la Ley de Dios.

Hemos predicado incansablemente, en el curso de estos años, la intransigencia como virtud elemental, y encontramos, por tanto, adecuado refugiarnos ahora en esta figura que nos depara la visión del «látigo en el Templo», para subrayar nuestra convicción de que sólo merced a esta virtud puede el mundo salvarse.

El momento ya no es ni político ni económico. El momento es de Cruzada espiritual, de Cruzada de Occidente, si por Occidente entendemos todo lo que somos como consecuencia de nuestra cultura milenaria y de nuestra condición intransigente de cristianos. Es el momento de decir esto, y de ofrecer nuestro sacrificio como consagración de la verdad que poseemos; y al hablar de sacrificio lo hacemos con plena conciencia de que, al denunciar todo cuanto transige, nos cerramos las puertas de todos los partidos y de casi todos los estamentos políticos actuales.

En la etapa que viene, y como ya dijimos antes, la razón original del impulso será necesariamente religiosa. En

los momentos decisivos de la vida, y frente al trance total de la muerte, los hombres acuden a Dios. Los pueblos van a hacer lo mismo en esta coyuntura que se avecina, que entraña también riesgo de muerte, y nosotros queremos anunciar esta realidad ineludible destruyendo todo confusionismo.

La imagen del látigo es adecuada frente a tantas claudicaciones materialistas, para evitar este confusionismo a que nos referimos, tal y como el Señor lo dió a entender tantas veces en el curso de su predicación, y muy especialmente en el momento de la expulsión de los mercaderes del Templo.

Hemos visto sin cesar, en el curso de estos tristísimos años de guerra y postguerra, cómo el materialismo ha desviado siempre la cuestión política hacia el campo económico. Así hemos visto, sin que esto nos haya sorprendido lo más mínimo, cómo estos gravísimos problemas de la recomposición del mundo, que eran necesariamente no sólo políticos, sino de la más alta y trascendental política, derivaban fatalmente hacia el llamado plan Marshall, como único o último recurso de una sociedad incapaz de definirse. El plan Marshall es, en definitiva, la sustitución del concepto cualitativo por el cuantitativo, y nosotros lo equiparamos a lo que en fisiología representaría sustituir la función pensante de la cabeza por la función digestiva del vientre.

Pues bien, si la graduación de estos problemas humanos se establece en una línea que va de lo religioso a lo político y de lo político a lo económico, no nos va ser difícil entendernos. Nuestra intransigencia nos lleva a no *mezclar* estos tres conceptos, sin por ello dejar de entender que cada uno de ellos se refiere a lo que somos y, por lo tanto, es ineludible reconocer la función característica de los mismos. Comprendemos, y lo hemos denunciado tanto como hemos podido, la gravedad creada al mundo por el confusionismo o, mejor dicho, por la desviación de los dirigentes materialistas de todo matiz que han pretendido servirse inadecuadamente de los principios que estos conceptos encierran. Sirviéndonos de la figura fisiológica, y atribuyendo al vientre la función económica, a la cabeza la función política, y al corazón la religiosa, se nos ha antojado este disparate que denunciábamos, como consecuencia del desvío de estas gentes que han querido atribuir al vientre condición rectora y pensante.

Ahora ya hemos superado, a nuestro entender, este dramático episodio. Desgraciadamente, y como tantas veces veníamos denunciando, ya no existe rectificación razonable a tanta monstruosa acumulación de errores. El problema económico, que debía resolverse mediante una adecuada solución política, no tiene ya más solución que la violencia, y esta violencia que por siglos y siglos ha sido contenida por límites de espacio o de concepto, ahora no puede ser ni limitada ni contenida. La convulsión desbordará, pues, todas las economías y todas las políticas. Los movimientos del vientre y de la cabeza terminan en este caos, y de este caos nace el momento funcional del corazón.

Momento del corazón. Momento religioso del mundo para la más dramática de las coyunturas. Este corazón del mundo continuará latiendo mientras reciba el impulso misterioso de Dios...

Terminamos aquí este argumento insistiendo en lo inicial. Con Dios nuestro Señor no se transige, y la zona religiosa del corazón es zona de intransigencia. El corazón abraza la verdad, y esta verdad no puede ni debe ser disminuida ni condicionada.

Los últimos espasmos del aparato digestivo del mundo materialista son, a nuestro entender, estos intentos de definición mixta de los partidos políticos, mediante los que se pretende relacionar lo que se va con lo que viene. Posiblemente lo que se va es todo esto que se define como «democrático» o «social» y que, en definitiva, constituye el último rescoldo del incendio «libertario» en la Revolución francesa. Lo que viene es lo cristiano.

Pero para nosotros lo cristiano es neto, simple y sencillo, sin paliativo ni aditamento. Lo que es de Dios es esencial, y sólo cabe en el Templo lo que es de Dios. Por esto entendemos suficiente la lección de intransigencia que nos da el Señor, al expulsar del Templo las razones económicas de los mercaderes judíos de entonces.

La Cruzada de Occidente será un movimiento religioso, un movimiento de «verdad» que nacerá del corazón y, por lo tanto, no cabe en él ni el sentido económico que hoy impera ni las fórmulas políticas que hoy todavía pretenden confundir o fundir lo que se va con lo que viene.

Para estas fórmulas entendemos se aplica el concepto rígido del látigo del Templo. Así lo entendemos y así lo decimos.

E. C.

EL camino por donde se debe marchar, venerables hermanos, está señalado claramente por las presentes circunstancias. Como en otras épocas de la historia de la Iglesia, **hemos de enfrentarnos con un mundo que en gran parte ha recaído casi en el paganismo.** Si han de volver a Cristo esas clases de hombres que le han negado, es necesario escoger de entre ellos mismos y formar los soldados auxiliares de la Iglesia que los conozcan bien y entiendan sus pensamientos y deseos, y puedan penetrar en sus corazones suavemente con una caridad fraternal. Los primeros e inmediatos apóstoles de los obreros han de ser obreros; los apóstoles del mundo industrial y comercial, industriales y comerciantes.

Mas aquellos a quienes especialmente vais a confiar este oficio es del todo necesario que revelen ciertas cualidades; que tengan tan exquisito sentido de la justicia, **que se opongan con constancia completamente varonil a las peticiones exorbitantes y a las injusticias, de donde quiera que vengan;** que se distingan por su discreción y prudencia, alejada de cualquier exageración, y que, sobre todo, estén íntimamente penetrados de la caridad de Cristo, porque es la única que puede reducir con suavidad y fortaleza las voluntades y corazones de los hombres a las leyes de la justicia y de la equidad.

(PIO XI, Cuadragésimo anno).

¿OFENSIVA DE PAZ?

El hecho no constituye ninguna novedad.

Cada vez que se hace público un nuevo adelanto en el aprovechamiento de la energía nuclear para fines bélicos, se produce inevitablemente un llamamiento angustioso a la paz, a la colaboración entre las naciones y al control internacional de los nuevos artefactos guerreros.

Esto es lo que ha sucedido ahora con el descubrimiento de la bomba de hidrógeno, cuya explosión, según la opinión de algunos hombres de ciencia, podría eliminar todo signo de vida en un radio de acción de varios centenares de kilómetros.

Sin embargo, ese peligro inmenso, ese grave temor que parece espolear a los gobernantes responsables a buscar por todos los medios un acuerdo pacífico entre las grandes potencias, no es suficiente para detener la elaboración de tan potentes medios de destrucción, antes bien, con sin igual premura, se realizan continuamente costosos experimentos para perfeccionar los actuales instrumentos de muerte.

En este orden de cosas, constituye un indicio revelador la explicación con la que el Presidente de los Estados Unidos, señor Truman, pretendió justificar ante su pueblo la fabricación de la bomba de hidrógeno (1). «Como comandante en jefe de las fuerzas armadas de los Estados Unidos —comenzaba diciendo el señor Truman—, tengo la responsabilidad de procurar que nuestro país pueda defenderse contra todo eventual agresor. En consecuencia, he ordenado a la comisión de energía atómica la prosecución de sus trabajos sobre toda clase de armas atómicas, incluyendo la bomba de hidrógeno o superbomba.»

La decisión presidencial, llena de innumerables riesgos y hondas responsabilidades, iba acompañada de algunas consideraciones destinadas a amortiguar la dolorosa reacción que había de causar en la población pacífica de Norteamérica, el acongojante descubrimiento de la «superbomba».

¿Qué intereses aconsejaban su construcción? ¿Qué finalidades se perseguían con la misma?

«Al igual que los restantes trabajos en el campo de las armas atómicas —agregaba el señor Truman—, éste se llevará a cabo de acuerdo con los objetivos generales de nuestro programa por la paz y la seguridad. Continuaremos así hasta que se establezca un plan satisfactorio de control internacional de la energía atómica. Continuaremos, también, examinando los factores que se relacionan con nuestro programa por la paz y seguridad de nuestro país.»

Hasta aquí el señor Truman. Según sus palabras, la bomba atómica y la nueva bomba de hidrógeno, en manos de los dirigentes norteamericanos, sirven primordialmente la causa de la paz mundial. Lo que no queda especificado exactamente es la relación básica que determina el que el perfeccionamiento constante de las nuevas armas por parte de los Estados Unidos sea garantía de orden y tranquilidad para todos los pueblos.

¿Cómo explicar la extraña dependencia de una progresiva carrera de armamentos, con la conservación de una paz que en su esencia no es más que un estado permanente de alerta y de tensión de los espíritus en vigiliias de la posible catástrofe?

(1) El señor Truman tomó esta decisión el último día del pasado mes de enero, después de publicarse un comunicado de la comisión de energía atómica anunciando la fabricación *en serie* de las bombas atómicas.

La llamada defensa del occidente, que en definitiva no aspira más que a mantener el presente *statu quo*, con alguna que otra posible concesión al comunismo, se fundamenta primordialmente en la superioridad de la técnica y del trabajo de Norteamérica sobre la U. R. S. S., en orden a la elaboración masiva de las armas capaces de sembrar la destrucción total. La diferencia mínima favorable a los Estados Unidos en cuanto a la calidad y cantidad de tales armas representa, por lo tanto, el punto de apoyo actual de la seguridad «occidental».

Esto lleva a la consecuencia, dentro de la más estricta lógica, que en el preciso instante en que el peso de la balanza se decantase en beneficio de la Rusia soviética, sobrevendría lo irreparable.

Y ahí radica una de las diferencias que separan el mundo «occidental» del mundo comunista.

Los gobernantes de los Estados democráticos —prescindiendo ahora de influencias que no por menos conocidas son menos ciertas— ofrecen a sus pueblos, como única alternativa frente al peligro comunista, la solución de una simple supervivencia. No hay en sus promesas, ni siquiera en sus posibilidades, el ofrecimiento de un futuro mejor; solamente la continuidad de una situación —deplorable y atormentadora como la actual— es el aliciente único de una política que, por otra parte, se presenta en función de remedio absoluto.

Frente a la política liberal, el comunismo soviético se presenta, humanamente hablando, con toda la fuerza capaz de congregarse tras de sí a grandes masas. Por un lado, el dinamismo de que hace gala para la conquista de la hegemonía universal, y por otro, el doctrinarismo con el que tratan de embaucar a sus huestes, coloca a la U. R. S. S. y a sus satélites en un plano muy superior que el liberalismo es incapaz de alcanzar.

Pero he aquí que mientras las democracias occidentales se afanan en mantener la preponderancia militar por todos los medios imaginables, mientras se da la noticia de que los Estados Unidos tienen en su poder el explosivo con el cual podrían sujetar el reducto soviético, surge de pronto —preparada seguramente con mucha cautela y amplios medios propagandísticos— una ofensiva de paz de gran estilo. He aquí que cuando se anuncia con bombo y platillos el gran descubrimiento, una serie de manifestaciones a cargo de políticos destacados, convenientemente difundidas y comentadas por la «gran» prensa, trata de influir sobre la opinión pública norteamericana, insistiendo sobre los grandes riesgos que amenazan al país y la necesidad, en consecuencia, de llegar a un pleno entendimiento con la Rusia soviética.

¿Dónde va a llegar esa nueva ofensiva de «paz»? ¿Qué objetivos persigue semejante táctica?

¿Es que se trata de justificar nuevas concesiones al comunismo internacional?

Sea lo que fuere lo que se esconda en semejantes maniobras, lo cierto es que tal vez nos estemos acercando al período de las grandes resoluciones. Va a llegar el gran momento en que, rota la careta que oculta designios oscuros, saldrán a la superficie, con toda su crudeza, los verdaderos móviles de quienes, empleando alternativamente la amenaza de la destrucción total y la necesidad de conseguir una paz a toda costa, pretenden llevar al mundo a la sujeción más completa, a la más denigrante esclavitud.

José-Oriol Cuffi Canadell

Comentario sobre la plegaria de Su Santidad Pío XII con motivo del Año Santo

II

A continuación, Su Santidad Pío XII nos dice que el Año Santo es el «*tiempo del gran retorno y del gran perdón*», es decir, de la vuelta de los hijos pródigos al seno de la casa paterna, donde el Padre les espera con brazos abiertos y se apresta a preparar un gran banquete para festejarlos. La Iglesia está siempre pronta a recibir a los que de Ella se alejaron, dilapidando los tesoros espirituales que les fueron confiados; pero durante este año, con especial premura, les suplica que vuelvan a Ella y constituyan una sola cristiandad para que no haya sino un rebaño con un solo pastor. Hay en los ambientes protestantes de hoy día una aspiración a unirse y a tomar contacto con el catolicismo, porque las fuerzas de la incredulidad y del ateísmo son poderosísimas y se manifiestan violentas y destructoras. La civilización cristiana está amenazada por la ideología antirreligiosa del comunismo ateo. Ojalá el Año Santo sea el año de la unidad; o, al menos, el año en que se establezcan las bases que produzcan un acuerdo que lleve las Iglesias disidentes a la casa del Padre y Pastor indefectible, que ha conservado a través de veinte siglos incólume el depósito de la Fe revelada. Sin claudicar de sus derechos legítimos, con gran caridad y comprensión para con sus hermanos extraviados, la Iglesia Católica prepara este momento feliz y pide al Espíritu Santo que mueva los corazones de los que se alejaron de Ella y, divididos en miles de sectas, ponen de manifiesto su impotencia para mantener la integridad de la fe y de las costumbres cristianas.

SEGUNDA PARTE

Las peticiones del Año Santo

Texto: «*Da a aquellos que sufren persecuciones por la fe tu espíritu de fortaleza, para unirlos indisolublemente a Cristo y a su Iglesia. Protege, ¡oh, Señor!, al Vicario de tu Hijo sobre la tierra, a los obispos, a los sacerdotes, a los religiosos, a los fieles. Haz que todos, sacerdotes y laicos, jóvenes, adultos y viejos, formen, en estrecha unión de pensamientos y de afectos, como una sólida roca contra la cual se rompa el furor de tus enemigos. Tu gracia encienda en todos los hombres el amor hacia tantos desventurados, a quienes la pobreza y la miseria reducen a una condición de vida indigna de seres humanos. Despierta en las almas de aquellos que te llaman Padre, el hambre y la sed de la justicia social y de la caridad fraterna en obras y en verdad. «Da, ¡oh, Señor!, la paz a nuestros días», paz a las almas, paz a las familias, paz a la patria, paz entre las naciones. Que el iris de la pacificación y de la reconciliación recubra bajo el arco de su luz serena la tierra santificada por la Vida y por la Pasión de tu divino Hijo.»*

Nota: la glosa o comentario, para mayor claridad y precisión, la haremos por partes. Notemos, anticipadamente, la forma ordenada en que se desarrollan las peticiones, forma, a la vez poética y litúrgica, la cual, en su idioma original, el italiano, tiene una suavidad y dulzura intraducibles. Las peticiones son cuatro, consideradas en sus líneas más generales. Las iremos indicando y comentando separadamente.

Primera petición: «*Da a aquellos que sufren persecuciones por la fe tu espíritu de fortaleza, para unirlos indisolublemente a Cristo y a su Iglesia.»*

El gran escándalo de este siglo son las persecuciones a la Iglesia Católica. Comenzaron en Méjico bajo pretextos políticos; siguieron en España, produciendo una guerra civil sangrientísima en que murieron millares de sacerdotes, religiosos y simples fieles, asesinados como criminales comunes y en que fueron destruidas iglesias y conventos, incontables monumentos del arte y de la cultura secular de esta noble y cristiana nación; y hoy día, la persecución religiosa está en pleno desarrollo en los países colocados más allá de la cortina de hierro: Polonia, Bulgaria, Rumanía, Hungría, Checoslovaquia, etc. La Iglesia Católica en la Europa oriental va siendo triturada, poco a poco, con arte diabólico, no superado por los antiguos romanos que entregaban los cristianos a las bestias en el viejo Coliseo. Los seminarios son suprimidos; los altos jefes de la Iglesia, sometidos a la tortura, después de ser drogados para que pierdan la voluntad y se confiesen culpables, y los sacerdotes y religiosos, en general, son perseguidos como enemigos de la patria y del régimen de la democracia popular. Con esta falsa etiqueta, el Kremlin cubre una tiranía despótica y policial, ejercida por el Partido comunista, que ha declarado la religión opio del pueblo, y lenta pero implacablemente va destruyendo la Iglesia Católica donde domina como a su peor enemigo. Esta dolorosa realidad hace que Su Santidad Pío XII sufra profundamente: el Cuerpo místico de Cristo está sangrando; y sigue desgarrado y torturado de tal manera, que no tendría sentido el Año Santo si fuese un conjunto de fiestas litúrgicas grandiosas a las cuales se asistiese con ánimo alegre y confiado. No: no es eso. Es un año de penitencia y de dolor: los que acuden a Roma no deben venir a cantar, sino a llorar, a suplicar al cielo por los hermanos que sufren sin casa y sin pan, encarcelados y dando la vida en defensa de la fe. Y si alguna vez brota espontáneo un himno de júbilo, dicho cántico de amor y de reconocimiento hacia Dios debe ser inspirado por los mismos sentimientos de aquellos cristianos condenados a las fieras que entraban al circo rezando y cantando alabanzas al Señor. Con profunda razón, pues, Su Santidad ha advertido por sus voceros más autorizados que el espíritu de las peregrinaciones del Año Santo es espíritu de compunción y de dolor, es espíritu de santificación y de acercamiento a las fuentes de la vida, y no de curiosidad ni de vanagloria. No se viene a Roma a divertirse, sino a acompañar al Padre en el dolor común por los hijos que sufren y a rogar por ellos, para que «*el Señor les dé espíritu de fortaleza a fin de que permanezcan siempre indisolublemente unidos a Cristo y a su Iglesia.*»

Se ha difundido mucho la idea de que en Europa todos son cristianos, aun los que claudican de su fe y no toman los empeños que dicha convicción significa. Se hace del cristianismo un conjunto de hábitos civiles, sin arraigo en Dios, sin creencia en la inmortalidad del alma, ni responsabilidad de los propios actos ante el Juez eterno. Un cristianismo falsificado así, al agua de rosas, es el peor enemigo de la Iglesia, es el fruto de la pusilanimidad y de la cobardía moral. Para que no resbalen los cristianos por esta pendiente que conduce al abismo, el Papa pide para todos, principalmente para los perseguidos, *espíritu de fortaleza*, a saber, de coraje y de energía en la defensa de las propias convicciones, de la doctrina de la fe. Esta fortaleza, aunque en forma artera se les procure aislar y

COLABORACIÓN

separar, les animará en la lucha y les mantendrá siempre unidos a Cristo y a su Iglesia. La unión con Cristo la realiza el cristiano en forma espiritual e invisible por la gracia; y la unión con la Iglesia, por el vínculo social y externo de obediencia y sumisión a sus jefes. No pudiendo impedir, los enemigos de Dios, la primera, porque no está sujeta a control humano, se encarnizan en destruir los lazos de contacto de los fieles con los pastores, sacerdotes y obispos; y de éstos, con el Jefe Supremo que es el Papa. De ahí los ataques y las calumnias al Sumo Pontífice; de ahí la campaña contra él, presentándole como un político ambicioso de poder temporal. Bien merecen la réplica de Cristo: Médico, cúbate a ti mismo. ¿Quieres ver la paja en el ojo de tu hermano y no ves la viga que tienes en el tuyo?

Segunda petición: «*Protege, ¡oh Señor!, al Vicario de tu Hijo sobre la tierra, los obispos, los sacerdotes, los religiosos, los fieles. Haz que todos los sacerdotes y los laicos, jóvenes, adultos y viejos, formen, en estrecha unión de pensamientos y de afectos, como una sólida roca contra la cual se rompa el furor de tus enemigos.*»

Después que hayan pedido por los que sufren persecuciones por la fe, Su Santidad desea que los peregrinos del Año Santo pidan por su Augusta Persona, por los obispos, los sacerdotes, los religiosos y los fieles, es decir, por todos los que forman la jerarquía eclesiástica, por toda la Iglesia. E inmediatamente señala el fin de esta petición: la unión de los fieles de modo que la Iglesia forme una roca poderosísima dispuesta a afrontar todas las tempestades, todo el furor de las olas de sus enemigos. La referencia a la parábola evangélica de la edificación de la casa sobre la arena, o sobre la roca firme, es clara. Pero la enseñanza profunda de este trozo hermosísimo de oración está en que cuanto más los católicos se adhieran a sus párrocos, los párrocos a sus obispos, y los obispos y en suma se unan al Jefe supremo de la Iglesia, que es el Papa, tanto más sólida, tanto más firme y segura será la roca de la Iglesia, tanto más fácilmente podrá vencer todas las tempestades y persecuciones de sus enemigos. En verdad, Pedro y sus sucesores son la piedra sobre la cual la Iglesia, por voluntad expresa de Cristo, ha sido fundada. El Año Santo, fuera de otros nobles significados, tiene también éste: adherirse al Papa, como al centro de la cristiandad, de donde promanan todas las gracias y bendiciones del cielo. A través de los siglos, cada Año Santo ha sido una manifestación de homenaje al Papa, un reconocimiento de su Autoridad plena y suprema, efectuada por grandes y pequeños, por príncipes de la tierra y por modestos labriegos. Todos van al Padre para recibir de Él consejos y consuelos, todos van al Maestro para oír sus enseñanzas, todos van al Jefe infalible para resolver sus dudas y, en medio de las luchas y los contratiempos de la vida, renovar la propia esperanza. Su Santidad desea que permanezca la jerarquía de la Iglesia siempre más y más unida por el vínculo de la caridad de Cristo, para que desaparezcan las diferencias de clases, de razas, de posiciones sociales y todos sean *uno en el Señor*. Ya es digna de la admiración del mundo la unidad de la Iglesia Católica, unidad que se mantiene, sin constricción externa, exclusivamente por la convicción de las conciencias en una misma fe, en una misma moral, en una misma disciplina de obediencia a la autoridad y de liturgia. Pero, así como el pastor estrecha el círculo de sus ovejas cuando el lobo aúlla en torno a ellas, Su Santidad, conocedor de los peligros del momento presente, las desea cada vez más y más unidas a su Augusta Persona, en conformidad de intenciones y de acción. Sólo así podrá conjurarse el gravísimo mal que amenaza destruir la vida cristiana. Una de las características más notables de su vigorosa personalidad es su insistencia en predicar, como el apóstol San Pablo, *oportune et importune*, en toda ocasión y en todo

momento, y en todas las lenguas. Se sacrifica hasta lo imposible, exponiendo su salud y su vida, porque todos recibían desde la Cátedra de Pedro la misma norma de fe y de acción, porque la unión de los miembros de la Iglesia no sea sólo aparente, sino real, aun en los pormenores, en asuntos de simple disciplina eclesiástica, o en las normas adecuadas a las necesidades económicas sociales de nuestros tiempos, las cuales pueden variar, variando el ambiente y las circunstancias que las han producido.

Tercera petición: «*Tu gracia encienda en todos los hombres el amor hacia tantos desventurados, a los cuales la pobreza y la miseria reducen a una condición indigna de seres humanos. Despierta en las almas de aquellos que te llaman Padre, el hambre y la sed de la justicia social y de la caridad fraterna en obras y en verdad.*»

Esta petición consta de dos partes. En la primera, el Papa contempla la situación desastrosa de los que han sido víctimas de la guerra. Millares de personas, pueblos enteros, sin casa, sin hogar y sin trabajo, entregados a una miseria sin esperanzas; grandes masas de pacíficos ciudadanos trasladados de un territorio a otro, sin otros motivos que acuerdos diplomáticos inhumanos; en fin, las desgracias de las naciones vencidas y desmanteladas como Alemania, o sacudidas por revoluciones interminables como China, y, por último, la miseria y desventura de muchos sectores de la vida social, aun en los países que, tomados en su conjunto, progresan y no pueden considerarse desgraciados. Con gran delicadeza, la plegaria pide al Señor que su divina Gracia encienda en los hombres el amor a estas gentes. En efecto, para socorrerlas se necesita mucho amor. *Primum donum, bona voluntas*, decían los antiguos. Sin buena voluntad, que es el amor en su forma inicial, no es posible sacar a esas multitudes de las condiciones de vida indignas de seres humanos en que se hallan. Y este amor, esta buena voluntad, falta. Parece increíble, pero es cierto; un egoísmo feroz ha penetrado en el corazón de los hombres, y los políticos abundan en excusas para justificar su indolencia. Pasa el tiempo, corren los años, y las llagas abiertas no se curan, mientras discusiones bizantinas prolongan indefinidamente el mal. Los tratados de paz no se firman y algunas naciones oprimidas aun no han vuelto a la vida normal, libre y civil. Es verdad que no han faltado gestos generosos, y parte de Europa ha sido socorrida. Pero Su Santidad Pío XII, como Padre común, mira a aquellos hijos sin amparo, sumidos en la miseria, y pide al cielo que haga descender su gracia para que los hombres, sobre todo los jefes de Estado que gobiernan el mundo, tengan un poco de amor y los socorran, los coloquen en un plano de vida normal y cristiana. Todo lo realizado hasta ahora es poco: queda mucho por hacer; y postergar la justicia indefinidamente es negarla, porque la vida no espera.

En la segunda parte de esta petición, Su Santidad afronta el problema social, problema gravísimo, al cual ha dedicado sus mayores desvelos. En efecto, ha dado instrucciones interesantísimas sobre todos los aspectos de este delicado problema, las cuales forman volúmenes recogidos de sus sagrados labios. «*Despierta en las almas, dice el Papa, de los que Te llaman Padre, el hambre y la sed de la justicia y de la caridad fraterna.*» En realidad, afirma el principio de la paternidad divina como la base única, sólida e inconfundible, de la justicia social y de la caridad. Si Dios Nuestro Señor no es nuestro Padre, nosotros no somos hermanos: predomina la ley del más fuerte, del mejor dotado, y el vencido no tiene derecho a nada; es víctima sin perdón. Así ha sido desgraciadamente; y, por eso, Su Santidad, viendo las injusticias que se cometen, desea que los pueblos vivan inspirados en los principios de justicia social y de caridad fraterna, como solución única del candente problema social, hoy día agudizado por el comunismo.

(Continuará)

Guillermo Viviani Contreras



FRAY JUNIPERO SERRA, EL APOSTOL DE CALIFORNIA, por *Augusto Casas*.—Luis Miracle, Editor. Barcelona, 1949.

Sobre la bien hilvanada trama de este «Fray Junípero Serra» hay que destacar su excelente información documental. Indudablemente, Casas se ha documentado a conciencia y los que quieran conocer bien la vida del apóstol de California se hallarán satisfechos suficientemente con la lectura de este libro.

La obra de Augusto Casas, que tan bien entra en los detalles de la vida de fray Junípero, asimismo es un reflejo logrado del ambiente que rodeaba al franciscano mallorquín. Y, en su conjunto, presentada con una narración amena, dentro de lo que cabe en la literatura histórica y aun en hombre que, como nuestro autor, le gusta no pasar por alto los pormenores que centran y deshilvanan los pasos de su héroe.

Por otro lado, no dudamos en calificar de loable el intento de dar a conocer la vida de quien, oculto en su humildad franciscana, hizo un gran bien a la Religión y al mundo, adoctrinando y civilizando a gentes idólatras y salvajes. Y no dudamos en formular tal calificación porque fray Junípero es poco conocido. La oculta humildad de su vida parece le haya sobrevivido. Y que continúe después de su muerte. Fray Junípero debe, por propios merecimientos, ocupar un primer puesto entre los claros varones no sólo de España, sino de la humanidad.

Aun añadiremos que con fervor recogerá siempre nuestro aplauso todo aquel que, como Augusto Casas, contribuya a esclarecer la leyenda negra que pesa sobre España en su obra misionera y civilizadora del Nuevo Mundo. Leyenda negra cuyo peso cae también sobre la Iglesia. Tinieblas que un día lanzó al mundo la Revolución liberal para su propio provecho. Tinieblas que día a día van deshaciéndose al calor de la gran luz de la verdad.

Sólo plácemes merece la obra de Augusto Casas sobre fray Junípero Serra en su aspecto histórico y por lo que tiene de noble en sus objetivos. Pero puestos a exigir de quien sabemos puede dárnoslo y de quien aun esperamos mucho más, cual consejo de buen amigo diremos las dos únicas objeciones que hemos encontrado en el libro de Casas. Y que nos creemos obligados a explanarlas dentro de nuestro propósito de dar orientaciones bibliográficas y no simples recensiones literarias.

Fray Junípero fué un ministro de Dios. Su afán era mi-

sionar. Y si bien nos parece todo cuanto se haga para una mayor difusión de su vida y de su obra, creemos que, por las circunstancias que en él concurren, no sólo hay que batallar para lograrle una bien merecida admiración, sino también para mover hacia él una devoción o un afecto de unción religiosa. En otras palabras, es preciso dar a conocer también la vida espiritual de fray Junípero porque, sin duda, es digna de imitación y tiene su ejemplaridad. El mundo de hoy necesita de ese espiritualismo, de ese sobrenaturalismo. Y así, una obra histórica será, al propio tiempo, un libro aleccionador, material y espiritualmente, para los hombres de hoy. Y a la admiración natural se le unirá la admiración sobrenatural, el ejemplarismo de la vida de un alma grande. Con ello será mucho mayor el provecho que se saque de un libro dedicado a un hombre modélico que vivió en ardor continuo de devolver ovejas descarriadas al redil del Señor.

Con tales propósitos hubiera evitado Casas lo único desagradable que hemos encontrado en su libro. El epilogo. Que para exaltar la figura de fray Junípero toma por base un hecho legendario que tiene más de supersticioso que de devoto: «Y cuenta la leyenda que todos los años por la misma fecha, a eso de la medianoche, fray Junípero Serra se levanta de su tumba y aparece ante el altar de la iglesia de San Carlos de Monterrey para decir su misa a los espíritus que vivieron en su corazón. Retorna a la tierra de sus trabajos y sus sueños, y el templo, así lo dicen las gentes sencillas, se llena de fieles, a los que el espectro, al volverse en los momentos de la misa, sonríe...»

Lamentamos que el excelente libro de Augusto Casas termine así. De corazón y amigablemente se lo decimos. Lo hubiera evitado de tener en cuenta la objeción anteriormente formulada y aun la segunda y última que vamos a decirle.

La obra «Fray Junípero Serra» no lleva censura eclesiástica. Este es un deplorable error en el que hoy caen muchos autores y editores de libros católicos, y del que nos hemos quejado alguna que otra vez desde esta nuestra sección de CRISTIANIDAD. Y no cejaremos en la queja. Si a nuestro buen entender toda obra que se publique debiera llevar el «nihil obstat» de la Iglesia, ¿qué diremos de aquellos que publican libros sobre temas religiosos y olvidan tal obligación moral? Aunque sea involuntaria tan lamentable omisión, ¿no es bueno que volvamos a las buenas costumbres y seamos los escritores y editores católicos los primeros en dar el ejemplo?

Luis Luna



DE ACTUALIDAD

«La paz es un don del divino Salvador», dice S. S. el Papa en una carta al señor Truman. — El Vaticano, potencia de paz incalculable

«La paz es un don del divino Salvador», dice S. S. el Papa en una carta al señor Truman

Su Santidad el Papa, felizmente reinante, Pío XII, recibió a finales del pasado año una carta del Presidente de los Estados Unidos, señor Truman, en la que, con ocasión de la fiesta de Navidad, se hacían algunas consideraciones sobre el “significado de la voluntad divina, personificada en el nacimiento y en la misión del Salvador”, que se encuentra “en el progreso que el hombre va conquistando hacia un mundo mejor”, “en el alto valor humano de los auxilios concedidos para aliviar el peso de los sufrimientos de la humanidad, en las relaciones de buena vecindad entre la mayor parte de los pueblos del mundo”, y en los esfuerzos hacia un nuevo orden mundial “de iluminado progreso, fundado sobre la moralidad, la justicia, la verdad y la libertad”.

Añadía el señor Truman, que en la fiesta de Navidad, “consagrándonos con nueva energía al servicio de la Humanidad y meditando sobre las sublimes enseñanzas contenidas en la vida del Salvador”; podemos sentir aquella paz “que supera todos los sentidos”, para terminar con la afirmación de que los Estados Unidos “consagran con alegría sus esfuerzos a la creación de un orden mundial de pacífico progreso”.

El Santo Padre respondió la anterior misiva con un breve mensaje en el que pone de relieve el fundamento de la verdadera hermandad, garantía de la auténtica libertad, y precisa las bases sobre las que ha de apoyarse la paz digna de este nombre.

Dice así el texto íntegro de la carta del Romano Pontífice:

“A su excelencia Harry S. Truman, Presidente de los Estados Unidos de América.

Excelencia: Acabamos de recibir su carta de 17 de diciembre de 1949, que nos ha sido entregada personalmente por el señor Myron C. Taylor.

Al dar, una vez más, una cordial bienvenida a su digno representante personal, nos apresuramos a expresar nuestra complacencia por los nobles sentimientos que han inspirado su mensaje de Navidad.

Vuestra excelencia ha recordado, justamente, los grandes beneficios que trajo a la Humanidad el nacimiento y la misión del divino Redentor.

En efecto, *sólo habrá salvación para el mundo* cuando la Humanidad, siguiendo las enseñanzas y los ejemplos de Cristo, *reconozca que todos los hombres son hijos del único Padre* que está en los cielos y verdaderos hermanos, *mediante la unión con su divino Hijo* que El envió, Redentor de todos.

Solamente esta hermandad da al hombre, con el más elevado sentido de la dignidad personal, la seguridad de la *igualdad verdadera, base necesaria de la justicia*.

Sólo esta fraternidad asegura el don de la *verdadera libertad* en el goce de nuestros derechos y en el cumplimiento de nuestros deberes, en obediencia a las leyes dadas por el Dios omnipotente y por su divino Hijo para la moralidad y la santidad de la vida humana.

Sólo esta fraternidad inspira, nutre, reaviva en los corazones de los hombres aquella *verdadera caridad* que detesta toda opresión y violencia, que supera los egoísmos, lo mismo en los individuos que en los pueblos, que es capaz de sacrificarse por el bien común, de prodigarse generosamente para quien nada tiene y de aliviar a aquellos que sufren.

Estos son los fundamentos sobre los cuales debe establecerse la paz—porque ésta es un don del divino Salvador—, una paz real y sólida, justa y duradera.

Siempre hemos dirigido Nos nuestros esfuerzos a la consecución de esta paz; ante todo, para que se evitara la guerra; después, para que, al menos, se circunscribieran sus destrucciones y los correspondientes dolores, y ahora, para que se alivien las tristes consecuencias que *todavía hoy pesan gravemente sobre una parte tan grande de la familia humana*.

En este benéfico trabajo de la caridad cristiana nos place recordar, una vez más—y este recuerdo es honor suyo—, *la cordial comprensión y la eficaz colaboración del pueblo estadounidense*. En esta generosidad, tan amplia y tan espontánea, reconocemos gratamente, y lo indicamos como un ejemplo para todos, aquella buena voluntad que, según el cristiano mensaje de los ángeles, da gloria a Dios y trae la paz a la tierra.

Invocamos la luz, la asistencia y la bendición de Cristo-Niño sobre la persona y sobre la actividad de Vuestra Excelencia, así como sobre todos sus compatriotas, que se esfuerzan generosamente por encontrar y seguir el camino que conduce a una futura paz de la Humanidad.”

El Vaticano, potencia de paz incalculable

El territorio de la Ciudad del Vaticano, punto imperceptible en los mapamundis y en los planos, es en el orden espiritual un símbolo de alto valor y de una extensión universal, y “la garantía de la independencia absoluta de la Santa Sede para el cumplimiento de su misión en el mundo”, dijo el Santo Padre en el discurso pronunciado ante el Cuerpo diplomático, cuyos miembros acudieron en corporación a felicitar a Su Santidad el nuevo año.

Y añadió el Papa: “¿Y su fuerza armada? Una realidad material casi inexistente. El potencial de guerra de este Estado minúsculo es nulo. Su potencia de paz, incalculable. Y nuestra esperanza, fundada en la asistencia del Señor, dueño y amigo de la paz, es ver este potencial de paz acrecerse todavía, llegar a la completa eficacia para el bien de todos los pueblos”.

Este trozo de tierra es uno de los focos en torno a los cuales gravita la historia del mundo, “una realidad fuera de la cual toda evolución del pasado no sería sino un enigma inexplicable”.

El Papa terminó su discurso expresando su anhelo de que este Año Santo marque “el punto de partida de una nueva orientación de los espíritus y de los corazones, de un retorno de los errantes a una exacta concepción de los verdaderos fundamentos de una paz asegurada en el dominio social y en las relaciones internacionales”.

J. O. C.

Martín Oliva

S O C I E D A D A N O N I M A

Tejidos Algodón



Bailén, 68
Teléfono 25 05 87
BARCELONA

INASA

Inmuebles y Aprovechamientos Hidráulicos, S. A.



San Francisco, 14, pral., 1.º
TARRAGONA

AL REINO DE CRISTO POR LA DEVOCION A SU SAGRADO CORAZON

DOCUMENTOS PONTIFICIOS



PUBLICACIONES
CRISTIANDAD
1949

Texto íntegro de las Encíclicas de
LEÓN XIII: ANNUM SACRUM
TAMETSI FUTURA
Pío XI: UBI ARCANO
QUAS PRIMAS
MISERENTISSIMUS REDEMPTOR
Pío XII: SUMMI PONTIFICATUS

Prólogo, introducciones y notas, originales
del P. H. Marín, S. I.

PRECIO: 30 Ptas.

Edición latino - castellana

PRECIO: 45 Ptas.

EN PRENSA: «Sor María del Divino Corazón»

Chocolates y Bombones

“PINAR”

FABRICADO POR
LUDOMAR, S. L.



*Visite las Cuevas
de Artá*

LA CUESTION DE PALESTINA

por JOSÉ-ORIOI CUFFÍ CANADELL

Rústica: (agotada)
Encuadernada: 8 Ptas.

En preparación:

LA SOMBRA DE BELA KUN

La Inquisición

J. M. Orti Lara

Precio especial para nuestros suscriptores
10 pesetas



*Historia
de
las sociedades secretas*

en 3 tomos
Vicente de la Fuente

Precio especial para nuestros suscriptores
45 pesetas los 3 tomos



Pídalos en nuestra Administración

LECTOR:

Varios padres misioneros españoles, que en lejanas tierras de la India han conocido nuestra Revista, son grandes entusiastas de CRISTIANDAD

¿Quieres costear su suscripción?

Telefona al n.º 22 24 46 y se te dará el nombre de tu favorecido